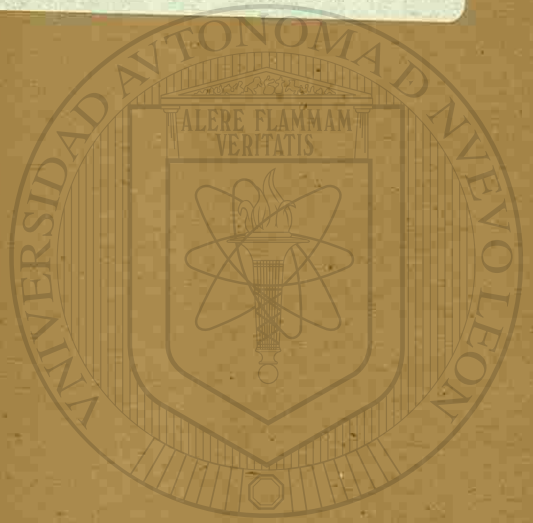
G. SAND

LAS
DAMAS
VERDES

PQ2401
D28

1020026790



UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

LAS DAMAS VERDES

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. N
Núm. Autor B 213d
Núm. Adq. 30735
Procedencia —8—
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

JORGE SAND

LAS
DAMAS VERDES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA

CASA EDITORIAL VIUDA DE LUIS TASSO

Calle Arco del Teatro, 21 y 23

85924

30735

833
S.
PQ 2401
D28

LA PRESENTE TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LAS
DAMAS VERDES

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

Los tres panes

Encargado por mi padre de una misión muy delicada, me dirigí, en los últimos días de Mayo de 1788, a la residencia de Ionis, situada a unas diez leguas en la campiña, entre Angers y Saumur.

Tenía yo entonces veintidós años y ejercía ya la profesión de abogado, por la que no sentía gran afición, aunque

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ni el estudio de los negocios ni la oratoria hubiesen ofrecido para mí serias dificultades. Teniendo en cuenta mi edad, no se me encontraba falto de talento; y el de mi padre, abogado famoso en su localidad, me aseguraba una brillante clientela para el porvenir, a poco que me esforzase en no ser muy indigno de reemplazarle. Pero yo hubiera preferido las letras, una vida más soñadora, un empleo más independiente y más personal de mis facultades, una responsabilidad menos sometida a las pasiones y a los intereses de los demás.

Hallándose mi familia en buena posición y siendo yo hijo único, querido y mimado con exceso, hubiera podido elegir una carrera a mi gusto; pero esto hubiera afligido a mi padre, que se enorgullecía de su competencia para dirigirme por el camino que me había trazado de antemano, y yo sentía por él demasiada ternura para obstinarme en hacer prevalecer mis instintos sobre sus deseos.

Era deliciosa la tarde en que daba fin a este paseo a caballo a través de los bosques que rodean la antigua y suntuosa residencia de Ionis. Iba bien montado, vestido como un caballero, con cierto refinamiento, y me acompañaba un criado que no me hacía ninguna falta, pero que mi madre había tenido la inocente vanidad de darme para el caso, deseosa de que su hijo se presentase decorosamente ante una de las más ilustres personas de nuestra clientela.

La noche se iluminaba delicadamente con el suave fulgor de sus mayores estrellas. Un poco de bruma velaba el centelleo de esas miríadas de astros secundarios, que como otros tantos ojos ardientes parpadean durante las noches claras y frías. Ofrecíase en ésta un verdadero cielo de verano, puro hasta ser luminoso, pero transparente

y velado para no asustar por su infinita riqueza. Era, si así puede decirse, uno de los suaves firmamentos que permiten pensar aún en la tierra, admirar las líneas vaporosas de sus horizontes estrechos, respirar sin desdén su atmósfera de flores y herbajes, decirse, en una palabra, que se es algo en la inmensidad, y olvidar que no se pasa de ser un átomo en el infinito.

A medida que iba acercándome al parque señorial, los perfumes silvestres del bosque se impregnaban en los de las lilas y acacias que inclinaban sus cabezas florecientes por encima de la pared que cercaba el recinto. No tardé en ver brillar a través de los árboles las ventanas de la residencia tras de sus cortinas de moaré violeta cortadas por los grandes cruceros negros de la arquitectura. Era un magnífico edificio de estilo renacimiento, una obra maestra de gusto y de capricho, una de esas moradas en las que el visitante se en-

cuentra impresionado por un no sé qué de ingenioso, de elegante y de atrevido, que desde la imaginación del arquitecto parece pasar a la suya, apoderándose de ella para elevarla por encima de las costumbres y de las inquietudes del mundo positivo.

Confieso que al dar mi nombre al lacayo que debía anunciarme, sentía latir con fuerza mi corazón. Nunca había visto a la señora de Ionis. Pasaba por ser la mujer más hermosa de la comarca; tenía veintidós años y un marido que, ni guapo ni amable, la descuidaba para entregarse a los viajes. Su letra era encantadora, y sabía mostrar en sus cartas de negocios no sólo una gran cordura, sino también mucho talento. Era, además, un carácter muy noble. Esto es todo cuanto sabía yo de ella; más de lo suficiente para conservar el temor de parecer torpe y provinciano.

Creo que debía de estar muy pálido al entrar en el salón.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y de aquí que mi primera impresión fuese como de alivio y placer al hallarme en presencia de dos mujeres viejas, gordas y bastante feas, una de las cuales, la señora viuda de Ionis, me anunció que su nuera se encontraba en compañía de una amiga en una residencia cercana, y que no regresaría probablemente hasta el día siguiente.

—Lo que no me impide darle a usted mi bienvenida—añadió esta matrona;—tenemos mucha amistad con su señor padre y le debemos mucha gratitud; parece que nos hacen gran falta sus consejos, que usted, sin duda, tiene el encargo de transmitirnos.

—Venía de su parte para hablar de negocios con la señora de Ionis...

—Efectivamente, la condesa de Ionis se ocupa en los negocios—replicó la viuda, como para advertirme que acababa de cometer una grosera equivocación.—Tiene buena cabeza, sabe lo que se hace, y en ausencia de mi hijo, que

está en Viena, ella es quien prosigue este enfadoso e interminable pleito. No debe usted contar conmigo para reemplazarla, porque no entiendo una palabra de nada, y todo cuanto puedo hacer es retenerle aquí hasta el regreso de la condesa, ofreciéndole nuestra propia cena y una buena cama.

Dicho lo cual, la anciana señora, que a pesar de la pequeña lección que acababa de darme, parecía una buena mujer, llamó y dió sus órdenes para mi instalación. No quise comer, pues había tomado mis precauciones durante el viaje y sabía que nada hay tan molesto como comer solo a la vista de personas que no nos conocen.

Habiéndome dado mi padre un plazo de varios días para el desempeño de mi misión, no podía hacer otra cosa mejor que esperar a nuestra bella cliente, y era yo para ella, como para su familia, un mensajero muy útil que tenía derecho a la más cordial hospitali-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dad. Así pues, no me hice de rogar para quedarme allí, aunque no faltase en las cercanías una posada bastante confortable en donde las personas de mi condición aguardaban, ordinariamente, la oportunidad de conversar con la nobleza. Tal era aún el lenguaje de las provincias en aquella época, y convenía apreciar sus palabras y su valor para mantenerse en su lugar en las relaciones con la buena sociedad, sin bajeza ni impertinencia. Siendo burgués y filósofo (no se decía aún demócrata), no estaba en manera alguna convencido de la superioridad moral de la nobleza. Pero aunque ésta alardease igualmente de filosofía, sabía yo que era preciso no herir sus susceptibilidades de etiqueta y respetarlas para hacerse respetar también por ella.

Sentía, pues, un poco de la timidez pasada, y tan buen tono como el que más, porque en el despacho de mi padre había podido ver ya muestras de

todas las clases sociales. La viuda pareció notarlo pronto, acogiendo sin violentarse al hijo del abogado de la casa, si no como a un igual, por lo menos como a un amigo.

Mientras conversaba conmigo, con la soltura de una mujer que, a falta de ingenio, posee el hábito del trato, me dió lugar a examinarla, así como a la otra matrona, más gruesa aún, y que, sentada a alguna distancia, se ocupaba en llenar el fondo de un trabajo de tapicería, sin despegar los labios y mirándome apenas. Vestía, a poca diferencia como la viuda, traje obscuro de seda, mangas ajustadas, toquilla negra de encaje puesta por encima de un gorro blanco y anudada bajo la barbilla. Pero todo ello menos limpio y menos nuevo; sus manos eran también menos blancas, aunque no menos regordetas; su tipo más vulgar, sin que por esto dejase de acusarse claramente la vulgaridad en los rasgos groseros de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la voluminosa viuda de Ionis. En una palabra, no dudé ya de su condición de señorita de compañía cuando, con motivo de mi negativa a aceptar la cena, le dijo la viuda:

—No importa, Ceferina, no olvidemos que el señor Nivieres es joven y que puede volver a sentir apetito en el momento de dormirse. Hágale llevar a su cuarto una cena fría.

La monumental Ceferina se levantó; era tan alta como gruesa.

—Y sobre todo—le dijo su señora en el momento en que iba a salir,—que no se le olvide el pan.

—¿El pan?—dijo Ceferina con una vocecilla ligera y velada que formaba un divertido contraste con su estatura.

Y luego repitió:

—¿El pan?—con entonación bien marcada de duda y sorpresa.

—¡Los panes!—respondió la viuda con autoridad.

Ceferina pareció vacilar un momento y salió; pero su señora la llamó de nuevo para dirigirle esta extraña recomendación:

—¡Tres panes!

Ceferina abrió la boca para contestar, alzó ligeramente los hombros y desapareció.

—¡Tres panes!—exclamé yo a mi vez.—Pero ¿qué apetito supone usted que no se olvide el pan.

—¡Oh! eso no es nada. ¡Son muy pequeños!

Hubo un instante de silencio. Yo buscaba vagamente algo que decirle para reanimar la conversación hasta el momento en que tuviese el derecho de retirarme, cuando, dominada al parecer por cierta irresolución, alargó la mano hacia el mango de la campanilla y se detuvo para decir, como hablando consigo misma:

—¡Tres panes, sin embargo!...

—Mucho es, efectivamente—continué yo, reprimiendo un fuerte impulso de soltar la carcajada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Miróme sorprendida, sin darse cuenta de que había hablado en voz alta.

—¿Se refiere usted al pleito?—dijo como para hacerme olvidar su distracción: —¡es mucho lo que nos reclaman! ¿Cree usted que lo ganaremos?

Pero sin prestar gran atención a mis respuestas evasivas, se decidió a llamar; vino un criado, a quien preguntó por Ceferina. Volvió Ceferina, a quien habló al oído; después de lo cual pareció tranquilizada, y se puso a charlar conmigo como una amable comadre muy corta de alcances, pero benévola y casi maternal, preguntándome sobre mis gustos, carácter, amistades y diversiones. Híceme más joven de lo que era, para ponerla a sus anchas; pues no tardé en notar que era de esas mujeres de la buena sociedad que han sabido pasarse sin una gran inteligencia y no necesitan encontrar mayor talento en los demás.

Era, en una palabra, tan sencilla, que

no me aburrí mucho durante la hora que pasé en su compañía, y pude esperar sin gran impaciencia el permiso de dejarla.

Un criado me condujo a mis habitaciones; porque nada faltaba allí: tres salas muy hermosas, muy grandes y muy lujosamente amuebladas en estilo Luis XV antiguo. Mi propio criado, a quien mi buena madre había enseñado la lección, estaba en el dormitorio esperando el honor de desnudarme, a fin de parecer tan instruído de sus deberes como los criados de casa grande.

—Perfectamente, mi querido Bautista—le dije al encontrarnos solos,—pero puedes irte a dormir. Me acostaré yo mismo y me desnudaré en persona, tal como lo he hecho desde que estoy en el mundo.

Bautista me deseó una buena noche y me dejó. Eran sólo las diez. No tenía el menor deseo de dormir tan pronto, y me dispuse a examinar los mue-

bles y cuadros de mi salón; pero tropezó mi vista con la cena fría que me habían servido en mi cuarto, junto a la chimenea, y se me aparecieron en una misteriosa simetría los tres panes.

Eran pasablemente abultados, y estaban colocados en el centro de una bandeja de laca, en una bonita cesta de porcelana de Sajonia, con un hermoso salero en medio y tres servilletas de damasco alrededor.

—¿Qué diablos hay en el arreglo de esta cesta?—me pregunté—¿y por qué el pan, este accesorio vulgar de mi cena, ha atormentado de tal modo a mi buena amiga? ¿Por qué ha encargado con tal precisión que me pusieran tres panes? ¿Por qué no cuatro, por qué no diez, si es que me toman por un ogro? Y en resumidas cuentas, la cena es abundante, las botellas de vino ostentan rótulos que prometen mucho; pero ¿a santo de qué poseo tres jarras de agua? He aquí una cosa que

va siendo misteriosa y rara. ¿Se figurará esa buena señora que soy triple, que me he traído dos convidados en la maleta?

Meditaba aún sobre este enigma, cuando llamaron a la puerta de la antecámara.

—¡Adelante!—exclamé sin moverme, creyendo que Bautista había olvidado alguna cosa.

Pero ¡cuál fué mi sorpresa al ver aparecer en gorro de dormir a la poderosa Ceferina, con una palmatoria en la mano y un dedo sobre los labios, acercándose a mí cautelosamente con la visible pretensión de no hacer crujir el entarimado bajo sus pasos de elefante! Ciertamente, hube de ponerme más pálido de lo que lo había estado al prepararme para comparecer ante la joven señora de Ionis. ¿Con qué terrible aventura debía de venir a amenazarme aquella voluminosa aparición?

—No tema usted nada, caballero—

me dijo ingenuamente la solterona, como si hubiese adivinado mi terror; venía a explicarle la rareza... las tres jarras... ¡y los tres panes!...

—¡Ah! con mucho gusto—respondí ofreciéndole un sillón;—estaba justamente muy extrañado.

—Como ama de llaves—dijo Ceferina negándose a sentarse y sin abandonar su palmatoria, sentiría mucho que el señor supusiera que esto era una broma mía. No me permitiría yo... Y sin embargo, vengo a rogar al señor que la secunde para que no se disguste mi dueña.

—Hable usted, señorita Ceferina; no soy capaz de enfadarme por una broma, sobre todo si es divertida.

—¡Oh! Dios mío, no, señor; no tiene nada de divertida, pero tampoco tiene nada de desagradable. Se trata de lo siguiente: La señora condesa viuda es muy... tiene una cabeza bastante...

Ceferina se detuvo de golpe. Quería

o temía a la viuda y no podía decidirse a criticarla. Su embarazo era cómico, pues se traducía en una sonrisa infantil que levantaba las comisuras de una boquilla desdentada, lo cual parecía añadir anchura a su cara redonda y mofletuda, sin frente ni barbilla. Hubiérase creído ver una luna llena haciendo mil gracias y poniendo la boca en forma de corazón, como en los almanaques belgas. Su vocecilla ahogada y su pronunciación gutural acababan de hacerla tan inverosímil, que no me atreví a mirarla de frente por el temor de perder mi seriedad.

—A ver—le dije para animarla a continuar sus revelaciones:—¿la señora condesa viuda es un poco quisquillosa, un poco burlona?

—¡No, señor, no! es muy franca; pero cree... se imagina...

En vano buscaba yo lo que la viuda podía imaginarse, cuando Ceferina añadió con esfuerzo:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

—En fin, caballero, mi pobre dueña ¡cree en los espíritus!

—¡Perfectamente!—contesté.—No es la única persona de su sexo y de su edad que tiene esa creencia, y esto no hace daño a nadie.

—Pero lo hace a veces a los mismos que piensan así, y si el señor temiese algo en esta habitación, yo podría jurarle que no ocurrirá nada.

—¡Peor para mí! Hubiera tenido gran satisfacción en ver alguna cosa sobrenatural... Las apariciones están muy en su lugar en las antiguas residencias, y ésta es tan hermosa, que sólo hubiera sabido representarme los fantasmas más agradables.

—¡De veras! ¿el señor ha oído entonces hablar de algo?

—¿Referente a esta casa, a esta habitación? Nunca; y estoy esperando que me explique usted:..

—Pues bien, caballero, se trata de esto. En el año... yo no lo sé, pero fué

en la época de Enrique II; el señor sabrá mejor que yo cuánto tiempo ha pasado desde entonces; vivían aquí tres señoritas, las herederas de la familia de Ionis, hermosas como un sol y tan amables que todo el mundo las adoraba. Una perversa dama de la corte, que estaba celosa de ellas, hizo envenenar el agua de la fuente de la cual bebían y que se utilizaba, además, para hacerles el pan. Las tres murieron en una sola noche, y, a lo que se cree, en esta misma habitación. Pero esto no es muy seguro y no se ha supuesto hasta hace poco tiempo. Cierto que en esta comarca se contaba un cuento a propósito de tres damas blancas que durante mucho tiempo se dejaron ver en la casa y en los jardines; pero eso era tan antiguo que ya nadie pensaba en ello ni lo creía, cuando un amigo de la casa, el reverendo padre Lamyre, hombre de buen humor y hermosas palabras, habiendo dormido en esta ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bitación, soñó, o fingió haber soñado, que habían venido tres mujeres verdes a hacerle predicciones. Y al notar que su sueño interesaba a la señora condesa viuda y divertía a la señora condesa, su nuera, inventó cuanto le vino en gana e hizo hablar a su gusto a los espíritus con tal maña, que la señora condesa viuda está convencida de que podría saberse el porvenir de la familia y el del proceso que atormenta al señor conde, si se consiguiera que estos fantasmas volviesen y hablasen. Pero como ninguna de las personas que se han alojado en este aposento ha visto nada y todas se han reído de sus preguntas, mi dueña está decidida a hacer dormir aquí a las que no saben nada, y que, por lo tanto, no piensan en inventar apariciones ni en ocultar las que hayan podido ver. Y por esto ha mandado que le destinasen esta habitación sin decirle nada; pero como la señora no es quizás muy... lista, no ha podido privarse de hablarme de los tres panes delante de usted.

—Es verdad, los tres panes y, luego, las tres jarras, eran a propósito para darme qué pensar. Sin embargo, confieso que no encuentro nada absolutamente que tenga relación...

—¡Ah! sí, señor. Las tres señoritas de la época de Enrique II ¡fueron envenenadas por el pan y el agua!

—Bien veo ahora la relación, pero no comprendo cómo esta ofrenda, si realmente lo es, puede serles agradable. ¿Qué piensa usted de esto?

—Yo creo que sus almas, dondequiera que se encuentren, no saben nada o poco les importa—dijo Ceferina con acento de superioridad modesta.—Pero es preciso que usted sepa cómo le han venido estas ideas a mi buena y anciana señora. Le traigo el manuscrito que la señora de Ionis, su hija política, doña Carolina, como la llamamos aquí, ha descifrado por sí

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

misma entre unos viejos garabatos descubiertos en los archivos de la familia. Esta lectura le interesará más que mi conversación, y voy a darle las buenas noches... aunque después de dirigirle un pequeño ruego.

—Con mucho gusto, estimada señorita, ¿qué puedo hacer en su obsequio?

—No hablar a nadie en el mundo, como no sea a doña Carolina, que no lo encontrará mal hecho, de mi visita; pues si la señora condesa viuda supiese que le he advertido, me reñiría y no se fiaría ya nunca de mí.

—Se lo prometo; y ¿qué debo decir mañana, si se me pregunta sobre mis visiones?

—¡Ah! vea usted, caballero... Es necesario que tenga la bondad de inventar algo, un sueño sin pies ni cabeza, lo que usted quiera, con tal que se trate de tres señoritas: de no ser así, la señora condesa viuda estaría como alma en pena y me echaría la

culpa a mí, diciendo que no he colocado los panes, las jarras y el salero; o bien, que le he advertido y que su incredulidad ha impedido la aparición. Está convencida del mal humor de *estas señoras*, y de que se niegan a mostrarse a quienes se burlan de ellas por anticipado, aunque sólo sea con el pensamiento.

Al quedarme solo, después de prometer a Ceferina que me prestaría al capricho de su señora, abrí y leí el manuscrito, del que sólo citaré las circunstancias relacionadas con mi historia. La de las tres señoritas me pareció pura leyenda contada por la señora de Ionis, tomando como base documentos no muy auténticos, que criticaba por sí misma en el tono ligero y burlón que estaba de moda entonces.

Paso, pues, en silencio la crónica fríamente comentada, de las tres muertas, que me había parecido más interesante en los labios sobrios de Ceferina, y

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS ®

sólo reproduzco el fragmento siguiente, transcripto por la señora de Ionis de un manuscrito fechado en 1650 y redactado por un antiguo capellán de la casa:

«Es verdad que he oído contar en mi juventud, cómo la residencia de Ionis fué poseída por los espíritus, en número de tres, y que mostraban el aspecto de damas ricamente vestidas, las cuales, sin amenazar a nadie, parecían buscar algo en las habitaciones y dependencias de la casa. No habiendo podido ahuyentarlas las misas y oraciones rezadas a su intención, se pensó en hacer bendecir tres panes blancos para ponerlos en la habitación en que habían fallecido las señoritas de Ionis. En aquella noche vinieron sin hacer ruido ni asustar a nadie con su aspecto, y se vió al día siguiente que habían como mordisqueado los panes al modo de los ratones, pero sin llevarse nada de ellos; y en la noche siguiente volvieron a quejarse y hacer crujir las puertas y rechinar los pestillos. Por ello, se pensó en ponerles tres cántaros de agua clara, de la cual tampoco bebieron, pero la derramaron en parte. Por fin, el prior de San *** aconsejó que se las calmase por completo ofreciéndoles un salero lleno de sal blanca, por la razón de que habían sido envenenadas por un pan sin sal; desde que se hizo así, oyóseles entonar un cántico hermosísimo, en el que, según se asegura, prometían en latín bendiciones y grandes prosperidades a la rama segundona de Ionis, que había recogido su herencia.

»Esto ocurrió, según se me ha dicho, en el tiempo de Enrique IV, y luego no se ha vuelto a oir hablar de ello; pero se ha creído, hasta mucho tiempo después, que, haciéndoles esta ofrenda a media noche, en la casa de Ionis, puede atraérselas y saber por ellas las cosas del porvenir. Y llega a decirse

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que si por azar se encuentran sobre una mesa, en esta residencia, tres panes, tres jarras y un salero, se ven y se oyen en aquel lugar cosas sorprendentes.»

La señora de Ionis había añadido a este fragmento la siguiente reflexión: «Es muy sensible para la casa de Ionis, que este hermoso milagro haya cesado; todos sus miembros hubieran sido más virtuosos y más prudentes; pero, aunque tengo en mis manos una fórmula de invocación redactada por algún astrólogo adjunto a la casa en otro tiempo, no espero que las *damas vérdes* quieran volver nunca más.»

Quedé un rato absorto, no por el efecto de esta lectura, sino por la hermosa letra de la señora de Ionis y por la elegante redacción de las restantes reflexiones que acompañaban a la leyenda.

No hacía, como ahora me lo permito, la crítica del fácil escepticismo de esta

hermosa señora. En este género me encontraba a su altura. La moda era tomar las cosas fantásticas, no por su lado artístico, sino por su lado ridículo. Empezaba uno a sentirse orgulloso de no incurrir ya en los cuentos de nodriza, en las supersticiones propias de las veladas transcurridas junto a la chimenea.

Por lo demás, hallábame bastante dispuesto a enamorarme. Tanto me habían hablado en casa de esta amable persona, y tanto me había encargado mi madre al marcharme que no me dejase trastornar la cabeza, que esto estaba ya conseguido a medias. En aquella época sólo había amado a dos o tres primas, y estos amores, cantados por mí en versos tan castos como mis llamas, no me habían consumido el corazón de tal modo que no estuviese dispuesto a dejarse incendiar de un modo mucho más serio.

Conmigo había traído un legajo que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mi padre me invitaba a estudiar. Abrílo concienzudamente; pero luego de haber leído algunas páginas con los ojos, sin que me llegase al cerebro una sola palabra, hube de reconocer que este modo de estudiar era perfectamente inútil, y tomé el prudente partido de renunciar a ello. Creí reparar los efectos de mi pereza pensando formalmente en el pleito de los Ionis, que tenía en la punta de los dedos, y preparé los argumentos que debían convencer a la condesa de la marcha que importaba seguir. Sólo que cada uno de estos argumentos maravillosos terminaba, sin saber yo cómo, en algún madrigal amoroso sin relación muy directa con los procedimientos.

El apetito me asaltó en medio de este importante trabajo. No son las Musas tan rigurosas con los hijos de familia acostumbrados a la buena vida, que les priven de cenar a gusto. Dispúseme, pues, a honrar el pastel que

me sonreía a través de mis legajos y de mis hemistiquios, y desdoblé la servilleta colocada sobre mi plato, en la que, con gran sorpresa, encontré un cuarto pan.

Esta sorpresa cedió pronto el lugar a un razonamiento muy sencillo: si, según los proyectos y previsiones de la viuda, los tres panes cabalísticos deben quedar intactos, justo es que haya otro, consagrado a la satisfacción de mi apetito. Luego probé los vinos, y tan buena me pareció su calidad, que generosamente hice a los fantasmas el sacrificio de no empezar ni una sola de las jarras de agua que les estaban destinadas.

Y, sin dejar de comer con el mejor gusto, me puse por fin a pensar en esa crónica y a preguntarme cómo contaría los prodigios que no podía dispensarme de haber presenciado. Lamenté que Ceferina no me hubiese dado más detalles sobre los caprichos supuestos de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las tres muertas. El extracto del manuscrito de 1650 no era bastante explícito: ¿debían esas señoras aguardar a que estuviese dormido, para venir como los ratones a mordisquear sobre mi mesa los panes que, según era sabido, tanto les gustaban? ¿o bien, iban a aparecérseme de un momento a otro y a sentarse una a mi izquierda, otra a mi derecha, y la tercera enfrente de mí?

Dieron las doce de la noche, ¡era la hora clásica, la hora fatal!

II

La aparición

Sonó la última campanada sin que se ofreciese a mi vista ninguna aparición. Me puse en pie pensando que estaba dispensado de ellas: había acabado de comer, y, después de una docena de leguas a caballo, empezaba a sentir la necesidad del descanso, cuando el reloj de la residencia, cuyo timbre muy hermoso, era grave y sonoro, comenzó de nuevo los cuatro cuartos y las doce campanadas con imponente lentitud.

¿Confesaré que me sentí un poco

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las tres muertas. El extracto del manuscrito de 1650 no era bastante explícito: ¿debían esas señoras aguardar a que estuviese dormido, para venir como los ratones a mordisquear sobre mi mesa los panes que, según era sabido, tanto les gustaban? ¿o bien, iban a aparecérseme de un momento a otro y a sentarse una a mi izquierda, otra a mi derecha, y la tercera enfrente de mí?

Dieron las doce de la noche, ¡era la hora clásica, la hora fatal!

II

La aparición

Sonó la última campanada sin que se ofreciese a mi vista ninguna aparición. Me puse en pie pensando que estaba dispensado de ellas: había acabado de comer, y, después de una docena de leguas a caballo, empezaba a sentir la necesidad del descanso, cuando el reloj de la residencia, cuyo timbre muy hermoso, era grave y sonoro, comenzó de nuevo los cuatro cuartos y las doce campanadas con imponente lentitud.

¿Confesaré que me sentí un poco

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

emocionado por esta especie de retorno de la hora fantástica que ya creía transcurrida? ¿Por qué no? ¡Tan bien había sostenido hasta aquel momento mi continente de filósofo! Aunque ferviente discípulo de la razón, no dejaba por ello de ser un muchacho muy joven, un muchacho de imaginación educado en las rodillas de una madre que creía aún firmemente en todas las leyendas con que me había mecido y que no siempre me habían hecho reir.

Apercibíme del ligero malestar que sentía, y para combatirlo, pues me causaba verdadera vergüenza, me apresuré a desnudarme. El reloj había callado, yo estaba ya acostado e iba a apagar la vela, cuando otro reloj más lejano empezó, a su vez, a dar los cuatro cuartos y las doce campanadas, pero con tan lúgubre voz y tan mortal indolencia, que me impacientó formalmente. Por poco que ese reloj tuviese doble tocata como el de la residencia, había motivo

para creer que no acabaríamos nunca.

Me pareció, en efecto, durante algunos minutos, que le oía comenzar de nuevo y que daba las treinta y siete; mas esto fué pura ilusión, como pude comprobarlo abriendo la ventana. El más profundo silencio reinaba en la casa y en el campo. El cielo se había cubierto por completo, no se veía ya ninguna estrella, el aire era pesado, en el rayo de luz proyectado hacia afuera por mi bujía, se agitaba un enjambre de falenas y noctuelas. Su inquietud era señal de tempestad. Habiéndome gustado siempre las tempestades, me complací en respirar sus avanzadas. El viento me traía en cortas rachas el perfume de las flores del jardín. El ruiseñor cantó por última vez y calló en seguida para buscar un abrigo. Olvidé mi estúpida emoción gozando del espectáculo de la realidad.

Mi cuarto daba sobre el patio de honor, que era vasto y rodeado de mag-

UNAM DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

níficas construcciones, cuyas masas ligeras se destacaban al fulgor de los relámpagos en azul pálido sobre el cielo negro. Pero pronto se desencadenó el viento, apartándome de la ventana cuyas cortinas parecía que iba a arrancar. Cerré todas las aberturas, y, antes de acostarme de nuevo, quise desafiar a los espectros y complacer a Ceferina, dando escrupuloso cumplimiento a lo que presumía ser los ritos de la evocación. Limpié la mesa y quité de ella los restos de mi cena. Coloqué las tres jarras alrededor de la cesta. En cuanto a la sal, no la había tocado; queriendo vengarme de mí mismo provocando hasta el extremo a mi imaginación, puse tres sillas alrededor de la mesa y tres antorchas encima, una delante de cada asiento.

Hecho lo cual, apagué todas las luces y me dormí tranquilamente sin dejar de compararme con el señor Enguerrando, cuyas aventuras en el terrible castillo de los Ardennes me había cantado muchas veces mi madre en toda su tristeza y melancolía.

Debe creerse que mi primer sueño fué muy profundo, pues no sé cómo acabó la tempestad ni fueron sus rumores los que me despertaron; fué un tintineo de cristales sobre la mesa, que empecé a percibir a través de no sé qué ensueños, y acabé por oir en realidad. Abrí los ojos y... créame quien quiera, pero fuí testigo de tan sorprendentes cosas que, al cabo de veinte años, encuentro en mi memoria, claros como el primer día, los menores detalles de la escena.

Mi habitación estaba iluminada, aunque no vi encendida ninguna de las antorchas. Era como un fulgor verde muy vago, que parecía venir de la chimenea. Esta débil claridad me permitió ver, no distintamente, pero sí con toda seguridad, tres personas, o mejor, tres formas sentadas en los sillones

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que había dispuesto alrededor de la mesa, una a la derecha, otra a la izquierda y la tercera entre las dos, de frente a la chimenea y con la espalda vuelta hacia mi cama.

A medida que mi vista se acostumbraba a este fulgor, me parecía reconocer en estas tres sombras, otras tantas mujeres vestidas, o mejor, envueltas en velos de un blanco verdoso, muy amplios, y que en algunos momentos me parecían ser nubes que las cubrían por completo la cara, el busto y las manos. No sé si se movían: en todo caso, me era imposible distinguir ninguno de sus movimientos, y, no obstante, el tintineo de las jarras continuaba como si las hubiesen empujado y hecho tropezar con cierto ritmo, contra la cesta de porcelana.

Tras de algunos instantes concedidos, lo confieso, a un vivísimo terror, pensé que estaba siendo víctima de una broma, e iba a saltar del lecho para

dar miedo a quienes querían asustarme, cuando, acordándome de que en aquella casa sólo podía tratarse de mujeres honradas, quizá de señoras de la buena sociedad, que me dispensaban el honor de burlarse de mí, corrí bruscamente la cortina y me vestí a toda prisa.

Tan luego como esto estuvo hecho, separé la cortina a fin de acechar el momento de sorprender a esas pícaras personas con un grito tan recio como me fuera posible. Pero ¡cómo! ¡ya no había nada! todo había desaparecido. Me encontraba en una profunda obscuridad.

En aquella época no se había encontrado aún el medio de procurarse luz instantáneamente; no tenía ni siquiera el de procurármela despacio con un pedernal de escopeta. Quedé reducido a llegar a tientas hasta la mesa, en la que no encontré absolutamente nada más que los sillones, las jarras,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
30735

las antorchas y los panes en el mismo orden en que los había colocado. Ningún ruido apreciable había delatado la partida de la extraña visita: cierto que el viento soplaba aún con gran fuerza y continuaba sus plañideros quejidos al colarse por la chimenea de mi habitación.

Abrí la ventana y la celosía, no sin luchar con ella para sujetarla. Aun no era de día y la escasa transparencia del aire exterior no me permitió ver todos los rincones de mi cuarto. No queriendo llamar ni interrogar para no parecer asustado, cosa que deseaba evitar a todo trance, me encontré reducido a buscar a tientas por todas partes. Recorrí el salón y la otra habitación, continuando mis pesquisas con el mismo silencio, y volví a sentarme sobre la cama para hacer tocar mi reloj y meditar sobre la aventura.

El reloj estaba parado y las campanas del exterior dieron una media, como

para declararme que no había manera de saber la hora.

Escuché el viento, procurando explicarme sus ruidos y los que podían venir de algún rincón de mis habitaciones. Torturé mis ojos y mis oídos. Puse igualmente a contribución todo mi entendimiento para preguntarle si no habría soñado lo que creía ver. Bien pudo haber sido así, aunque no consiguiese darme cuenta del sueño que debió preceder y traer consigo esta pesadilla.

Decidí no atormentarme más y aguardar en el lecho la vuelta del sueño, sin desnudarme, para el caso de una nueva broma.

No pude dormir. No obstante, me sentía fatigado y el viento me mecía irresistiblemente; a cada momento me amodorraba, pero a cada momento también volvía a abrir los ojos y miraba a mi pesar en la obscuridad y el vacío, con desconfianza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Empezaba, por fin, a adormecerme, cuando comenzó de nuevo el tintineo, y esta vez, abriendo bien los ojos y sin moverme, vi los tres espectros en su sitio, inmóviles en apariencia, con sus velos flotantes en el fulgor verde que venía de la chimenea.

Fingí dormir, pues probablemente no podían verse mis ojos abiertos en las sombras de la alcoba, y observé con atención. No estaba ya asustado; no sentía otra cosa que la curiosidad de sorprender un misterio divertido o desagradable, una fantasmagoría puesta en escena con perfección por personajes reales o... Confieso que no encontraba el modo de definir la segunda hipótesis: no podía ser otra cosa que una locura ridícula, y sin embargo me atormentaba como admisible.

Vi entonces a las tres sombras levantarse, agitarse y dar vueltas a la mesa en silencio, rápidamente y con incomprensibles ademanes. Mientras

estuvieron sentadas, me habían parecido de mediana estatura: en pie eran altas como tres hombres. De repente, una de ellas disminuyó, volvió a la estatura de una mujer, se hizo muy pequeña, creció desmesuradamente y se dirigió hacia mí, mientras las otras dos se mantenían en pie bajo la campana de la chimenea.

Esto me fué muy desagradable; movido por un impulso infantil, me tapé la cara con la almohada, como para interponer un obstáculo entre mi persona y la visión.

Luego, volví a avergonzarme de mi simpleza y miré atentamente. El espectro estaba sentado en el sillón colocado al pie de la cama. No le vi el rostro. La cabeza y el busto estaban, no sombreados, sino como quebrados por la cortina del lecho. El fulgor avivado del hogar dibujaba únicamente la mitad inferior de un cuerpo y los pliegues de una vestidura cuya forma y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

color no tenían ya nada de determinado, pero cuya realidad no podía tampoco ser puesta en duda.

Su inmovilidad era pavorosa como si faltase una respiración bajo aquel sudario. Aguardé por algunos instantes que me parecieron siglos. Sentí que iba perdiendo la sangre fría con que me había armado. Me agité en mi lecho. Tuve la idea de huir no sé adónde. Resistí a esta idea. Me pasé la mano por los ojos, luego, la alargué resueltamente para coger el espectro por los pliegues de aquella vestidura tan visible y tan bien iluminada: sólo toqué el vacío. Luz y visión habían desaparecido. Me puse a recorrer de nuevo mis habitaciones. Las encontré desiertas como la primera vez. Bien seguro ahora de no haber soñado ni dormido, no volví a acostarme, en espera del día que no tardó en aparecer.

Desde hace algunos años, se han estudiado mucho los fenómenos de la

alucinación; se los ha observado y se los ha caracterizado. Ha habido hombres de ciencia que han practicado este análisis sobre sí mismos. He llegado a ver cómo, mujeres delicadas y nerviosas sufrían frecuentes accesos de este mal, no sin sufrimientos y tristezas, pero sí sin terror, dándose cuenta perfectamente del estado de ilusión en que se encontraban.

En mi juventud no se había adelantado tanto. No solía haber un término medio entre la negación absoluta de toda visión y la ciega creencia en las apariciones. Causaban risa los alucinados, y su mal se atribuía a la credulidad y al miedo, excusándolo únicamente en caso de grave enfermedad.

Sucedió, pues, que durante mi terrible insomnio hube de interrogarme con severidad, reprendiéndome tan dura como injustamente por la debilidad de mi espíritu, sin pensar en decirme que todo aquello podía ser efecto de una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mala digestión o de una influencia atmosférica. Difícilmente me hubiera acudido esta idea; pues, salvo un poco de fatiga y de mal humor, no me sentía en modo alguno indispuesto.

Bien resuelto a no envanecerme delante de nadie por aquella aventura, me acosté y dormí perfectamente hasta la hora en que Bautista llamó a mi puerta para avisarme que se acercaba el momento del almuerzo. Me levanté para abrir, después de haber comprobado que el cerrojo no se había descorrido, continuando tal como lo dejé al acostarme; hice por segunda vez igual observación en la otra puerta de mi cuarto, conté las gruesas armellas de hierro que sujetaban las planchas de la chimenea; busqué en vano la posibilidad y los indicios de una puerta secreta.

—Y, de todos modos, ¿para qué?—me decía melancólicamente, mientras Bautista me empolvaba el cabello; ¿no

he visto, acaso, un objeto que carecía de consistencia, un ropaje o un sudario que se desvanecía en mi mano?

A no ser esta última circunstancia, hubiera podido atribuirlo todo a una burla de la señora de Ionis; pues supe por Bautista, que había regresado la víspera hacia media noche.

Esta noticia me distrajo de mis inquietudes. Cuidé mi traje y mi peinado. Algo me contrariaba que mi profesión me obligase a vestir de negro; pero tan hermosa era la ropa blanca y tan bien cortados los trajes de que mi madre me había provisto, que me encontré, en suma, bastante presentable: no era feo ni contrahecho. Me parecía a mi madre, que había sido muy hermosa; y sin ser vanidoso, estaba acostumbrado a ver en todas las miradas la favorable impresión que produce una fisonomía agradable.

Cuando entré en el salón, encontré ya allí a la señora de Ionis. Vi, en efec-

to, una mujer encantadora, demasiado baja para haber figurado personalmente en mi trío de espectros. No tenía, por otra parte, nada de fantástico ni de diáfano. Era una belleza del género real, fresco, alegre, vivo, que llevaba graciosamente lo que se llamaba, en el estilo de la época, una amable robustez, que hablaba de todas las cosas con sutileza y propiedad, que dejaba apuntar una gran firmeza de carácter bajo su gran dulzura de modales.

Me bastó un poco de conversación con ella, para comprender cómo, gracias a tanta finura y a tanta resolución, franqueza y habilidad, conseguía vivir en buena inteligencia con un mal marido y con una suegra muy corta de alcances.

Apenas había comenzado el almuerzo, cuando la viuda, después de examinarme, declaró verme pálido y enfermo, aunque yo hubiese olvidado bastante mi aventura para comer con buen

apetito y sentirme dulcemente conmovido por las amables atenciones de la hermosa señora.

Acordándome entonces de las recomendaciones de Ceferina, apresuréme a decir que había dormido bien y tenido sueños muy agradables.

—¡Ah! ¡estaba segura de ello! —exclamó la anciana señora con ingenuo encanto. —¡Siempre se tienen buenos sueños en esa habitación! ¿Nos dirá usted los suyos, señor Nivieres?

—Han sido muy confusos; creo, sin embargo, recordar una dama...

—¿Una sola?

—¡Dos quizás!

—¿Quizá tres también?—dijo la señora de Ionis sonriendo.

—¡Precisamente, señora, usted me recuerda que eran tres!

—¿Bonitas?—preguntó la viuda radiante.

—Bastante bonitas, aunque un poco pasadas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿De veras?—continuó la señora de Ionis, que parecía entenderse con los ojos de Ceferina, sentada al extremo de la mesa, para darme la réplica.—¿Y qué le han dicho a usted?

—Cosas incomprensibles. Pero, si es que ello interesa a la señora condesa viuda, haré lo posible por recordarlas.

—¡Ah! mi querido joven—dijo la viuda,—esto me interesa hasta un extremo que no sabría decirle. Se lo explicaré en seguida. Empiece usted por contarnos...

—Contar me será muy difícil. ¿Acaso puede contarse un sueño?

—¡Quizá sí! ayudándole en sus recuerdos — dijo con gran serenidad la señora de Ionis, resignada a halagar la manía de su suegra;—¿no le han hablado a usted de la futura prosperidad de esta casa?

—Me parece mucho que sí, efectivamente.

—¡Ah! Ya lo ve usted, Ceferina—

exclamó la viuda.—¡Usted que no cree en nada! y ¡apuesto a que han hablado del pleito! Diga, señor Nivieres, ¡dígalo todo absolutamente!

Una mirada de la señora de Ionis me advirtió que no debía contestar. Declaré no haber oído en mis sueños una sola palabra del pleito. La viuda pareció muy contrariada por ello, aunque no tardó en tranquilizarse diciendo:

—¡Todo llegará! ¡todo llegará!

Este *todo llegará* me pareció sumamente descortés, a pesar de haber sido pronunciado con optimista benevolencia. No sentía el menor deseo de empezar de nuevo una noche tan mala; pero tampoco tardé en resignarme cuando la señora de Ionis me dijo a media voz, mientras la viuda disputaba con Ceferina sobre su incredulidad:

—Es usted muy amable en prestarse al capricho de actualidad en nuestra casa. Espero que, en efecto, sólo tendrá aquí, buenos sueños; pero no está

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

usted obligado a ver todas las noches a esas tres señoritas. Basta que hable hoy de ellas, sin reirse, a mi excelente madre política. Esto le causa gran satisfacción y no compromete su valentía. Todos nuestros amigos están decididos a verlas para vivir en paz.

Quedé indemnizado, y aún bastante electrizado por el tono de confiada intimidad que adoptaba conmigo aquella mujer encantadora, para recobrar mi ordinaria jovialidad; durante todo el almuerzo me presté a ir encontrando poco a poco el recuerdo de las cosas maravillosas que me habían sido reveladas. Prometí, sobre todo, largos años de vida a la viuda, de parte de las tres damas verdes.

—¿Y mi asma, caballero?—me dijo —¿le han revelado que curaría?

—No me han dicho esto precisamente; pero me han hablado de larga vida, de fortuna y de salud.

—¿De veras? Perfectamente, no

pido más al Dios de misericordia. Y ahora, hija mía—dijo a su nuera,—tú que hablas tan bien, comunica a este amable joven la causa de sus sueños, y cuéntale la historia de las tres señoritas de Ionis.

Me hice el sorprendido. La señora de Ionis pidió el permiso de confiarme el manuscrito, que no había redactado con otro objeto, dijo, que el de dispensarse de repetir con demasiada frecuencia la misma historia.

Había terminado el almuerzo. La viuda se fué a hacer la siesta.

—Hace mucho calor para ir al jardín a esta hora—me dijo la señora de Ionis,—y no obstante, no quiero hacerle trabajar en este maldito pleito al levantarse de la mesa. Si quiere usted visitar el interior de la residencia, que es bastante curiosa, le serviré de guía.

—Aceptar esta invitación es propio de indiscretos y de mal educados, y sin embargo, estoy muriendo en deseos de hacerlo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pues bien, no muera usted y venga—dijo con adorable jovialidad.

Pero añadió en seguida, con el acento más natural:

—Ven con nosotros, mi buena Ceferina, nos abrirás las puertas.

Una hora antes, la escolta de Ceferina me hubiera sido muy agradable; pero no me sentía ya tan tímido al lado de la señora de Ionis, y confieso que la presencia de esta tercera persona entre los dos me contrarió. No tenía yo, es verdad, ninguna especie de pretensión, ninguna idea impertinente; pero me parecía que a solas hubiera hablado con más sentido y amenidad. La vista de aquel rostro de plenilunio desazonaba todas mis ideas y estorbaba el impulso de mi imaginación.

Y además, Ceferina sólo pensaba en lo que yo hubiera olvidado con más gusto.

—Ya lo ve usted, doña Carolina—decía a la señora de Ionis al atravesar

la galería del entresuelo,—no hay absolutamente nada en el *cuarto de las damas verdes*. ¡El señor Nivieres ha dormido allí perfectamente!

—¡Vamos, hija mía! nunca lo he dudado—contestó la joven.—¡No tengo por loco al señor Nivieres! Lo que no me impedirá pensar que el padre Lamyre ha visto algo.

—¿Lo cree usted?—dije un poco conmovido.—He tenido el honor de hablar algunas veces con el padre Lamyre; no le creía más loco que yo mismo.

—No lo es, caballero—repuso Ceferina,—no es más que un bromista que cuenta locuras con seriedad.

—¡No!—dijo la señora de Ionis con decisión;—es un hombre de talento que se exalta. Empezó por burlarse de nosotros contando cuentos de aparecidos. Era fácil entonces, no para nuestra buena viuda, sino para nosotras mismas, comprender que bromeaba. Pero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quizás no es bueno bromear más de lo justo con ciertas ideas locas. Yo tengo la certeza de que una noche tuvo miedo, pues desde entonces nada ha bastado para decidirle a volver a aquella habitación. Pero hablemos de otra cosa; pues estoy segura de que esta historia tiene ya harto al señor Nivieres; por mi parte, estoy de ella hasta la coronilla, y, puesto que le enseñaste el manuscrito de antemano, me creo dispensada de ocuparme más en este asunto.

—Es raro, señora—repuso Ceferina riendo,—¡se diría que usted misma empieza, a su vez, a creer en algo! ¡Voy a ser yo la única que se mantenga incrédula en esta casa!

Entrábamos en una capilla, y la señora de Ionis me relató su historia rápidamente. Tenía mucha instrucción y nada de pedantería. Enseñóme, explicándomelas, todas las salas importantes, las estatuas, las pinturas, los muebles raros y preciosos que contenía la residencia. Hacíalo todo con gracia incomparable e inaudita complacencia. Ibame enamorando, como si dijéramos, a la vista, enamorándome hasta el punto de sentir celos a la sola idea de que era quizás tan amable para todo el mundo como lo era para mí. De este modo llegamos a una sala inmensa y magnífica, dividida en dos galerías por una elegante rotonda. Dábase a esta estancia el nombre de biblioteca, aunque sólo una parte de ella estuviese consagrada a los libros. La otra mitad era una especie de museo de pinturas y objetos de arte. La rotonda contenía una fuente rodeada de flores. La señora de Ionis me llamó la atención sobre este precioso monumento, que había sido retirado de los jardines recientemente para ponerlo al abrigo de la intemperie, preservándolo de accidentes posibles, con motivo de haberlo deteriorado ligeramente la caída de una

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

gruesa rama durante una noche tempestuosa.

Era un peñasco de mármol blanco enlazado por monstruos marinos; encima de ellos, sobre la parte más elevada, veíase sentada con gracia una nereida, considerada como obra maestra. Atribuíase este grupo a Juan Goujón, o por lo menos a uno de sus mejores discípulos.

En lugar de estar desnuda, la ninfa aparecía castamente cubierta, circunstancia que permitía creer que era la efigie de una dama púdica que no quiso servir de modelo con el traje sencillo de las diosas, ni permitir que el artista interpretase sus formas elegantes para exponerlas a los ojos de un público profano. Pero aquellos ropajes que sólo dejaban al descubierto los brazos hasta el hombro, y la parte superior del pecho, no privaban de apreciar en conjunto el raro tipo que caracteriza a la estatuaria del renacimiento, las esbeltas proporciones, la delicada redondez, la finura en la fuerza, algo, en fin, más hermoso que la misma naturaleza, algo que empieza sorprendiéndonos como un sueño y que poco a poco va ganando el más noble entusiasmo de nuestro espíritu. No se sabe si estas bellezas han sido concebidas por los sentidos; pero es cierto que no los agitan. Parecen nacidas directamente de la Divinidad en algún Edén o sobre algún monte Ida del que no han querido descender para mezclarse en nuestras realidades. Tal es la famosa Diana de Juan Goujón, grandiosa, de aspecto casi pavoroso a pesar de la extremada dulzura de sus líneas, exquisita y monumental, movida como el vigor físico, y no obstante tranquila y quieta como la potencia intelectual.

Yo no había aún visto o notado nada de esta estatuaria nacional que quizás no hemos apreciado como lo merece, y que coloca a la Francia de esa época

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al lado de la Italia de Miguel Angel. No comprendí de momento lo que veía; me encontraba, además, mal dispuesto para ello, por la comparación de aquel modelo sorprendente con la belleza menuda y redondeada de la señora de Ionis, un verdadero modelo Luis XV, siempre sonriente y más impresionante por el sentimiento de la vida que por la grandeza del pensamiento.

—Esto es más hermoso que la realidad ¿no es cierto?—me dijo haciéndome notar los largos brazos y el cuerpo de serpiente de la nereida.

—No lo veo así—respondí mirando con involuntario ardor a la señora de Ionis.

Esta no pareció notarlo.

—Quedémonos aquí—me dijo.—Se está muy fresco y muy bien. Si usted quiere, vamos a hablar de negocios. Ceferina, amiga mía, puedes dejarnos.

¡Por fin me encontraba a solas con

ella! En el espacio de una hora, sus hermosos ojos, naturalmente vivos y amantes, me habían dado el vértigo dos o tres veces, llegando a imaginarme que hubiera caído a sus pies a no estar allí Ceferina. Pero apenas hubo ésta partido, cuando me sentí encadenado por el respeto y el temor, y me puse a hablar del pleito con desesperada lucidez.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III

El pleito

—¿Es decir, que no hay medio de perderlo? — me preguntó después de haberme escuchado atentamente.

—La opinión de mi padre, y la mía, es que para perderlo sería preciso tener esta intención.

—Pero ¿no ha comprendido su digno señor padre que yo lo quiero de todos modos?

—No, señora—respondí con firmeza, pues se trataba de cumplir con mi deber, y volvía yo a desempeñar el único papel decente que me correspondía

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al lado de aquella noble mujer;—¡no!, mi padre no lo entiende así. Su conciencia le prohibe hacer traición a los intereses que le han sido confiados por el señor conde de Ionis. Cree que usted llevará a su esposo a una transacción, y, por su parte, la hará tan aceptable como sea posible para los adversarios que usted protege; pero jamás se resolverá a querer convencer al señor de Ionis de que su causa es mala en justicia.

—¡En justicia legal!—replicó ella con triste y dulce sonrisa,—pero en la verdadera justicia, en la justicia moral y natural, su digno padre sabe perfectamente que nuestro derecho nos lleva a ejecutar una cruel expoliación.

—Lo que piensa mi padre desde este punto de vista—contesté algo desconcertado,—sólo incumbe a su conciencia. Cuando el abogado puede defender una causa en que las dos justicias de que usted me habla, están de su

parte, siente gran alegría y queda indemnizado de los casos en que las encuentra en oposición; pero nunca debe profundizar estas distinciones cuando ha aceptado voluntariamente su mandato, y usted sabe, señora, que sólo a instancias de usted misma ha consentido mi padre en perseguir al señor de Aillane.

—¡Yo lo he querido, sí! He conseguido de mi esposo que este cuidado no se confiase a nadie más; he esperado que su padre, el hombre más bueno y honrado que he conocido, lograría salvar a esta desgraciada familia de la rigurosa persecución de la mía. Un abogado puede siempre mostrarse parco y generoso, sobre todo cuando sabe que no será desautorizado por su principal cliente. ¡Y este cliente soy yo, caballero! Se trata de mi fortuna y no de la del señor de Ionis, que no está amenazada por ninguna parte.

—Es verdad, señora; pero usted se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

encuentra bajo la potestad marital, y el marido, como jefe de la comunidad...

—¡Ah! ¡sé lo que sigue! Tiene sobre mi fortuna más derechos que yo misma, y usa de ellos en mi interés, quiero creerlo; pero olvida en esto el de mi conciencia: y ¿por quién? Su fortuna personal es inmensa, y no hay hijos; tengo, pues, ante Dios, el derecho de despojarme de una parte de mi opulencia para no arruinar a otras personas honradas, víctimas de una cuestión de procedimientos.

—Este sentimiento es digno de usted, señora, y no he venido aquí para discutir un derecho tan hermoso, sino para recordarle nuestro deber y suplicarle que no nos exija que lo olvidemos. Tendremos todos los miramientos compatibles con el triunfo de su causa, aunque ello nos costase merecer los reproches del señor de Ionis y de su madre. Pero retroceder ante un mandato aceptado, declarando que el éxito es

dudoso y que habría provecho en transigir, eso es lo que el estudio profundo del asunto nos prohibe, bajo culpa de mentira y traición.

—Pues bien, ¡no!, ¡se equivoca usted!—exclamó la señora de Ionis,—¡le aseguro que se equivoca! Eso son sutilezas de abogado que ilusionan a un hombre envejecido en la práctica de su profesión, pero que un joven *sensible* no debe aceptar como regla absoluta de conducta... Si su padre se ha encargado del pleito y usted mismo conviene en que lo ha hecho a instancias mías, es porque presentía mis intenciones. Si las hubiese olvidado me afligiría por ello y creería que en su casa no se siente por mí la estimación que quisiera inspirarles. Cuando se prevé que la victoria sería horrible, no debe temerse proponer la paz antes de la batalla. Obrar de otro modo es tener una idea falsa del deber. El deber no es una consigna militar, es una religión, y de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jaría de serlo si prescribiese el mal. ¡Cállese! ¡no me hable ya más de su mandato! No ponga la ambición del señor de Ionis por encima de mi honor; no convierta esa ambición en una cosa sagrada; es una cosa enfadosa y nada más. Unase conmigo para salvar a los desgraciados. Haga de modo que pueda ver en usted un amigo según mi corazón, mejor que un legista infalible y un abogado implacable.

Al hablarme así, me tendía la mano y me inundaba con el fuego entusiasta de sus hermosos ojos azules. Perdí la cabeza, y al cubrir esa mano de besos, me sentí vencido. Lo estaba de antemano, pensaba como ella antes de haberla visto.

No obstante, me defendí aún. Había jurado a mi padre que no le haría ceder a las consideraciones sentimentales que su cliente le había hecho presentir por sus cartas. La señora de Ionis no quiso escuchar nada.

—Habla usted—me dijo—como un buen hijo que defiende la causa de su padre; preferiría que no fuese usted un abogado tan hábil.

—¡Ah! señora—exclamé aturdidamente,—no me diga usted que estoy hablando como adversario suyo, porque me haría odiar demasiado una profesión en la que se necesita más insensibilidad de la que poseo.

No fatigaré al lector con el fondo del pleito entablado por la familia de Ionis contra la de Aillane. La conversación que acabo de reproducir basta para la comprensión de mi relato. Se trataba de un inmueble de quinientos mil francos, es decir, de casi toda la fortuna de nuestra bella cliente. El señor de Ionis empleaba muy mal las inmensas riquezas que poseía por su parte. El libertinaje le tenía perdido, y los médicos no le daban dos años de vida. Era muy posible que dejase a su viuda más deudas que bienes. Al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

renunciar a los beneficios de su pleito, la señora de Ionis estaba, por lo tanto, amenazada de caer, desde la cumbre de la opulencia, en un estado de estrechez para el que no había sido educada. Mi padre compadecía mucho a la familia de Aillane, infinitamente estimable y compuesta de un digno gentilhombre, su esposa y sus dos hijos. La pérdida del pleito les dejaría en la miseria; pero mi padre prefería, naturalmente, salvar el porvenir de su cliente, preservándola de un desastre. Ahí estaba para él el verdadero caso de conciencia; sin embargo, me había recomendado que no hiciese valer ante ella esta consideración. «Es un alma romántica y sublime, me había dicho, y cuanto más se alegue su propio interés, tanto más se exaltará en la alegría de su sacrificio; pero vendrán los años, pasará el entusiasmo, y entonces ¡cuidado con el arrepentimiento! ¡y cuidado también con los reproches que

tendría el derecho de dirigirnos por no haberla aconsejado con más prudencia!»

No me creía mi padre tan entusiasta como lo era en realidad. Retenido por numerosos asuntos, habíame confiado la misión de calmar el impulso generoso de aquella mujer adorable, escudándonos tras de pretendidos escrúpulos que para él eran sólo accesorios. La intención era prudentísima; pero no había previsto, como no acerté a preverlo yo mismo, que compartiría con tal viveza las ideas de la señora de Ionis. Encontrábame en la edad en que la imaginación no concede valor alguno a la riqueza material; es la edad de la riqueza del corazón.

Y además, había aquella mujer que producía sobre mí el efecto de la chispa sobre la pólvora; aquel marido odioso, ausente, condenado por los médicos; la modesta situación con que se la amenazaba y a la que ella tendía los brazos riendo... ¡qué sé yo!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Era hijo único, mi padre poseía algunas riquezas, yo podía adquirirlas también. No era más que un burgués ennoblecido en el pasado por la regiduría, y en el presente por la consideración aneja al talento y a la probidad; pero estábamos en plena filosofía, y, sin creernos en la víspera de una revolución radical, era ya admisible la idea de que una mujer bien nacida se casara con un hombre del tercer estado, en buena posición.

En fin, mi cerebro joven se extraviaba, y mi joven corazón deseaba, por instinto, la ruina de la señora de Ionis. Mientras ella me hablaba animadamente de las desazones de la opulencia y del bienestar de una dulce medianía a lo Juan Jacobo Rousseau, yo iba tan deprisa en mi novela, que me parecía que se dignaba adivinarla y hacer alusión a ella en cada una de sus palabras embriagadas y embriagadoras.

Sin embargo, no me rendí abiertamente. Mi palabra estaba dada: sólo podía prometer que trataría de doblegar la voluntad de mi padre; no podía dar esperanzas de conseguirlo, ni yo mismo las tenía: conocía bien la firmeza de sus decisiones. Acercábase la solución; estábamos hartos de dilaciones y de procedimientos evasivos. La señora de Ionis proponía un medio para el caso en que lograse hacerme compartir sus ideas: que mi padre se pusiera enfermo en el momento de pronunciar su defensa, y que se me confiase la causa... ¡para perderla!

Confieso que esta hipótesis me horrorizó y que entonces comprendí los escrúpulos de mi padre. Tener en las manos la suerte de un cliente y sacrificar su derecho a una cuestión de sentimiento, es un hermoso papel cuando puede desempeñarse abiertamente por orden suya; pero no era esta la proposición que se me hacía. Era preciso salvar las apariencias ante el señor

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

de Ionis, ejecutar las torpezas diestramente, emplear la astucia para el triunfo de la virtud. Tuve miedo, palidecí, casi lloré, pues estaba enamorado y mi negativa me destrozaba el corazón.

—No hablemos más de esto—me dijo bondadosamente la señora de Ionis, que pareció adivinar, si no lo había hecho ya antes, la pasión que encendía en mí.—Perdóneme por haber sometido su conciencia a una prueba semejante. ¡No! no debe usted sacrificarla a la mía, será preciso encontrar otro medio de salvación para esos pobres adversarios. Lo buscaremos juntos, porque usted está conmigo a su favor, lo veo, lo siento, ¡a pesar suyo! Es necesario que se quede usted conmigo algunos días. Escriba a su padre que yo resisto y que usted combate. Para mi madre política seguiremos estudiando juntos las probabilidades de ganar. Está convencida de que he nacido procurador, y pongo al cielo por

testigo de que antes de este deplorable litigio, no entendía más que ella en estas cosas ¡que no es decir poco! Bueno—añadió volviendo a su amable y simpática alegría,—¡no nos atormentemos y no se ponga usted triste! Ya sabremos encontrar luego nuevos motivos de retardo. Mire usted, uno hay, muy singular, muy absurdo, y que no obstante tendría la mayor fuerza sobre el ánimo de la buena viuda y aun sobre el del señor de Ionis. ¿No lo adivina usted?

—Busco en vano.

—Pues bien, sería el caso de hacer hablar a las damas verdes.

—¡Cómo! ¿comparte realmente el señor de Ionis la credulidad de su madre?

—El señor de Ionis es muy valiente, y lo ha demostrado; pero cree en los espíritus y siente por ellos un miedo espantoso. Prohiban las *tres señoritas* que activemos el pleito, y el pleito seguirá durmiendo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Es decir que para satisfacer la necesidad que yo siento, de secundarla, no encuentra nada mejor que condenarme a abominables imposturas? ¡Ah! señora, ¡qué bien conoce usted el arte de hacer desgraciadas a las personas!

—¡Cómo! ¿también esto le daría escrúpulos? ¿No se ha prestado ya de buen grado?...

—A una broma sin consecuencias, ¡perfectamente! Pero si el señor de Ionis se mezcla en ello, si me intima a declarar bajo mi honor...

—¡Es verdad! ¡otra idea que no servirá para nada! No busquemos más por hoy. La noche es buena consejera; quizás mañana le propondré algo que sea posible. Va haciéndose tarde y oigo cómo nos busca el padre Lamyre.

El padre Lamyre era un hombrecillo delicioso. A la edad de cincuenta años se conservaba aún fresco y guapo. Era bueno, frívolo, ocurrente, de grata

palabra, fácil, animado, y en cuanto a opiniones filosóficas, de la de quien hablaba con él, pues no trataba nunca de persuadir, sino de hacerse agradable. Saltóme al cuello y me llenó de elogios, a los que no dí ningún valor, pues sabía que los prodigaba a todo el mundo; pero se los agradecí interiormente, más que otras veces, a causa del gusto con que la señora de Ionis parecía escucharlos. Alabó mis grandes talentos como abogado y como poeta, y me obligó a recitar algunos versos que parecieron estimarse en más de lo que valían. Después de felicitarme con acento sincero y conmovido, la señora de Ionis nos dejó juntos para ocuparse en los cuidados de la casa.

El padre me habló de mil cosas que no me interesaron poco ni mucho. Hubiera querido estar solo para soñar, para recordar cada una de las palabras, cada uno de los ademanes de la señora de Ionis. Pero el padre se me

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pegó, me siguió a todas partes, y me contó cien cuentos ingeniosos que yo envié al diablo. Por fin hubo de adquirir la conversación un vivo interés para mí, cuando tuvo a bien colocarla de nuevo en el terreno ardiente de mis relaciones con la señora de Ionis.

—Sé lo que le trae aquí—me dijo.—*Ella* me habló de esto por anticipado. Sin conocer el día de su visita, le esperaba. Su padre no quiere que ella se arruine, y ¡vive Dios, tiene razón! Pero no la convencerá y no tendrán ustedes más remedio que reñir con ella o dejarla hacer su voluntad. ¡Si ella creyese en las damas verdes, muy bien! podría usted hacerlas hablar expresamente para el caso; ¡pero cree en ellas tan poco como usted y como yo!

—Sin embargo, ¡la señora de Ionis me ha dicho que usted cree un poco en estas cosas, señor cura!

—¿Yo? ¿se lo ha dicho ella? Sí, sí, ¡ya sé que trata a su amiguito de

cobardón! Pues bien, canten ustedes a dúo; no tengo miedo de las damas verdes, no creo en ellas; pero estoy seguro de una cosa que me asusta, y es que las he visto.

—¿Cómo concilia usted entonces estas dos cosas contradictorias?

—Es muy sencillo. O hay aparecidos, o no los hay. Yo los he visto, no necesito más para saber que los hay. Sólo que no los creo malos, no tengo miedo de que me peguen. No nací cobarde, pero desconfío de mi cerebro, que es una pólvora. Sé que las sombras no tienen efecto sobre los cuerpos, como los cuerpos no lo tienen sobre las sombras, porque he cogido la manga de una de esas señoritas sin encontrar nada que se pareciese a un brazo. Desde aquel momento, que nunca olvidaré, y que ha cambiado todas mis ideas sobre las cosas de este mundo y del otro, me he jurado no desafiar nunca más a la flaqueza humana. No

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tengo el menor deseo de volverme loco. Si carezco de la fuerza moral necesaria para contemplar fría y filosóficamente lo que rebasa el alcance de mi entendimiento, peor para mí; ¿a qué presumir de una serenidad que me falta? Empecé burlándome, llamé y provoqué la aparición, riéndome. La aparición se presentó. ¡Muchas gracias! me basta con una vez, no me volverán a coger por allí.

Puede creerse que me impresioné vivamente por lo que estaba oyendo. El padre ponía en su discurso una buena fe evidente. No se creía perseguido por una manía. Desde la emoción sufrida en el *cuarto de las damas*, no había vuelto a soñar en ellas, no había vuelto a verlas. Añadía que estaba bien seguro de que las sombras no le hubieran hostilizado ni perjudicado en modo alguno, si hubiera tenido el valor necesario para examinarlas.

—Pero no lo he tenido—concluyó;

—pues casi perdí el conocimiento, y al verme tan necio, dije: «Profundice el misterio quien quiera, yo no me encargo de esto. No soy hombre a propósito para tales cosas».

Interrogué al padre minuciosamente. Salvo ligeros detalles, su visión había sido parecida a la mía. Hice un gran esfuerzo sobre mí mismo para que no presumiese la semejanza de nuestras aventuras. Sabía que era demasiado parlanchín para guardar inviolablemente el secreto, y temía a las burlas de la señora de Ionis más que a todos los demonios nocturnos; guardé, pues, mi compostura ante todas las preguntas del padre, asegurándole que mi sueño no había sido turbado por nada; y cuando, a las once de la noche, llegó el momento de volver a la habitación fatal, prometí a la viuda muy alegremente que tomaría buena nota de todo cuanto soñase, y me despedí de la sociedad con aire valiente y jovial.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nada de esto sentía, sin embargo. La presencia del cura, la cena y la velada a la vista de la viuda, habían puesto a la señora de Ionis más reservada de lo que lo había estado conmigo a la hora del almuerzo. En cada una de sus alusiones a nuestra rápida y cordial intimidad, parecía decirme también: «¡Ya sabe usted con qué condición se la he concedido!» Estaba descontento de mí mismo: no había sabido ser ni bastante sumiso ni bastante intransigente. Parecíame haber sido desleal a la misión que mi padre me había confiado, y esto sin provecho para mis quimeras amorosas.

Mi melancolía interior se reflejaba sobre mis impresiones, y encontré sombría y lúgubre mi habitación. No sabía qué pensar de la razón del padre ni de la mía propia. A no ser por la pícara vergüenza que sentía, hubiera pedido que me alojasen en otra parte, y tuve un movimiento de verdadera cólera cuando vi entrar a Bautista con la maldita bandeja, la cesta, los tres panes y toda la ridícula impedimenta de la víspera.

—¿Qué es eso?—díjele con mal humor.—¿Estoy hambriento acaso? ¿no acabo de levantarme de la mesa?

—Es verdad, señor—contestó.—Encuentro todo esto muy extraño... La señorita Ceferina es quien me ha encargado que se lo traiga. Bien le he dicho que usted pasa las noches durmiendo, como todo el mundo, y no, comiendo; se ha reído y me ha contestado: «No importa, lléveselo, es la costumbre de la casa. Eso no estorbará a su señor, y ya verá usted como lo recibirá con gusto en su cuarto».

—Pues bien, amigo, hazme el favor de volver a llevártelo a la despensa sin decir nada. Necesito la mesa para escribir.

Bautista obedeció. Me encerré y me acosté después de haber escrito a mi

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

padre. Justo es decir que dormí perfectamente, soñando sólo en una dama: la señora de Ionis.

Al día siguiente se repitieron a más y mejor las preguntas de la viuda. Cometí la grosería de declarar que no había tenido sueño alguno digno de mención. La buena mujer se contrarió por ello.

—Apuesto—dijo a Ceferina,—a que no colocó usted la *cena de las damas* en la habitación del señor Nivieres.

— Dispénseme, señora — respondió Ceferina mirándome con expresión de reproche.

La señora de Ionis pareció también decirme con la mirada, que era poco atento. El padre exclamó ingenuamente:

—¡Es singular! ¿será a mí solo, a quien suceden estas cosas?

Marchóse después del almuerzo, y la señora de Ionis me citó a la una en la biblioteca. A mediodía me encontraba allí; pero me envió a Ceferina para decirme que, habiendo llegado visitas inoportunas, me rogaba que tuviese paciencia. Era esto más fácil de pedir que de obtener. Aguardé; los minutos me parecían siglos. Preguntábame cómo había podido vivir hasta entonces sin aquella entrevista que llamaba ya *cotidiana*, y cómo viviría cuando no tuviera la ocasión de aguardarla. Buscaba qué medios emplearía para hacerla necesaria, y, resuelto por fin a retardar con todo mi escaso poder la solución del pleito, inventé mil subterfugios desprovistos de sentido común.

Entre mis paseos agitados por la galería, deteníame de cuando en cuando delante de la fuente para sentarme a veces en sus márgenes llenas de magníficas flores artísticamente dispuestas en las hendiduras del tosco peñasco sobre el que se había levantado el mármol blanco. Esta rústica base daba mayor finura a la obra del cincel y permi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tía hacer caer el agua de los pilones en forma de brillantes cristales hasta el interior de los recipientes inferiores, adornados con plantas fontanales.

Aquel lugar era delicioso, y el reflejo de los cristales de color que cubrían la ventana, daba en algunos momentos a las figuras fantásticas de la estatuaria, matices cambiantes y apariencia de vida.

Miré a la nereida con nueva sorpresa, con la sorpresa de encontrarla hermosa y de comprender por fin el elevado sentido de aquella misteriosa belleza.

No pensaba ya en juzgarla a favor de la de la señora de Ionis. Sentía que es pueril toda comparación entre cosas y seres que no guardan ninguna relación. Aquella hija del genio de Juan Goujón era bella por sí misma. Su rostro tenía una dulzura sublime. Parecía comunicar al espíritu un sentimiento de reposo y bienestar análogo

a la sensación de frescura que causaba el murmullo continuo de aquellas aguas límpidas.

Llegó, por último, la señora de Ionis.

— Hay novedades — me dijo sentándose familiarmente a mi lado; — mire usted qué extraña carta he recibido del señor de Ionis...

Y me la enseñó con un abandono que hubo de conmoverme vivamente. Me indigné contra un marido cuyas cartas a una mujer como aquella podían ser mostradas sin turbación al primer llegado.

La carta era fría, larga y difusa, la letra delgada e insegura, la ortografía muy dudosa. Hela aquí, en resumen:

«No debes tener escrúpulo en llevar las cosas hasta el fin. Yo no lo tengo de ningún modo en invocar la más rígida legalidad. Me niego a todo arreglo distinto del que he propuesto a los de Aillane, y quiero ver el término de este pleito. Cuando se haya ga-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nado, serás libre de tenderles una mano caritativa. No me opondré a tu generosidad; pero no quiero compromisos. Su abogado me ofendió en la defensa, en primera instancia, y la apelación que han interpuesto es una presunción que no tiene nombre. Encuentro al señor Nivieres muy dormido, y en el correo de hoy le manifiesto cuánto me disgusta por ello. Muévete por tu parte, estimula su diligencia, a no ser que recibas alguna orden superior de las... Sabes lo que quiero decir, y me admira que no me hables de lo que ha podido ser observado en el cuarto de las... desde mi partida. ¿No hay nadie que tenga el valor de pasar una noche en él y de escribir lo que oiga allí? ¿Será necesario contentarse con las aserciones del padre Lamyre, que no es hombre serio? Procura conseguir que una persona *digna de fe* intente esta prueba, a menos que tú misma tengas el valor de hacerlo, lo que no me sorprendería.»

Al leerme esta última frase, la señora de Ionis soltó la carcajada.

—¡Encuentro admirable al señor de Ionis!—dijo.—Me lisonjea para inducirme a una prueba a la que por su parte nunca ha querido someterse, y se indigna por la cobardía de las personas a quienes no se decidiría por nada a dar el ejemplo.

—Lo que encuentro más notable, en todo esto—dije,—es la fe del señor de Ionis en estas apariciones y su respeto por las sentencias que les cree capaces de pronunciar.

—¡Ya ve usted—contestó,—como éste era el único medio de doblegar su rigor para con los pobres de Aillane! ¡Se lo he dicho, vuelvo a decírselo y no quiere usted prestarse a ello, siendo tan buena la ocasión! Puesto que la fe en las *damas verdes* es tan firme, ¡no se va a llegar, supongo, a pedirle su palabra de honor!

—Paréceme, por el contrario, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

me vería obligado a desempeñar en esto, seriamente, el papel de impostor, ya que el señor de Ionis pide la aserción de una persona *digna de fe*.

—¡Y además, temería usted el ridículo, las censuras y las bromas que no dejarían de dirigírsele! Pero yo podría responderle del silencio absoluto del señor de Ionis en este asunto.

—¡No, señora, no! no me asustarían ni el ridículo ni las censuras, desde el momento en que se trataría de obedecerla. Pero usted misma me despreciaría si mereciese esa censura por un juramento en falso. ¿Por qué no intentamos inducir a los de Aillane a una transacción honrosa para ellos?

—Bien sabe usted que la que propone el señor de Ionis, no lo es.

—¿No espera usted modificar sus intenciones?

Movió la cabeza y calló. Era tanto como decirme elocuentemente qué hombre sin corazón y sin principios era

aquel marido, indiferente a tales encantos y entregado a todos los desórdenes.

—Sin embargo—repuse,—la autoriza a usted a ser generosa después de la victoria.

—Pero ¿con quién se figura tratar? —exclamó sonrojándose de cólera.— Olvida que los de Aillane son el honor personificado y que jamás recibirán a título de gracia y de beneficio lo que la equidad les hace considerar como legítima propiedad de su familia.

Sorprendióme la energía que puso en esta respuesta.

—¿Está usted, entonces, muy relacionada con los de Aillane?—le pregunté.

—No lo creía así.

Volvió a sonrojarse y contestó negativamente.

—Nunca he tenido grandes relaciones con ellos—dijo;—pero somos parientes bastante cercanos para que su honor y el mío no formen más que uno

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

solo. Tengo la certeza de que la voluntad de nuestro tío era legarles su fortuna. Y tanto es así, que habiéndose casado conmigo el señor de Ionis, por lo que se llamaba mi hermoso rostro, no supo hacerse agradable y me buscó una herencia intentando hacer casar ese testamento por quebrantamiento de forma.

Y luego, añadió:

—¿Conoce usted algún de Aillane?

—He visto al padre con frecuencia, a los hijos nunca. El hijo es oficial, no sé en qué guarnición...

—En Tours...—dijo vivamente.

Y en seguida añadió con mayor viveza:

—Según creo, por lo menos.

—¿Y no dicen que es muy guapo?

—Se dice. Yo no le he conocido más que cuando era un niño.

Esta contestación me tranquilizó. En un instante, había cruzado por mi mente la idea de que aquel desinterés magnánimo de la señora de Ionis podía recibir su gran fuerza de una pasión por su primo de Aillane.

—Su hermana es encantadora—dijo, —¿la conoce usted?

—Nunca la he visto. ¿No está aún en el convento?

—Sí, en Angers. Aseguran que es un ángel. ¿Quedará usted contento cuando haya conseguido hundir en la miseria a una hija de buena casa, que tenía el mejor derecho para contar con un matrimonio honroso y con una vida conforme a su rango y a su educación? Este es el gran dolor que espera a su pobre padre. Pero, vamos a ver, comuníqueme sus recursos, pues usted ha buscado y encontrado algo ¿no es verdad?

—¡Sí!—respondí después de haber reflexionado como se puede reflexionar durante la fiebre,—sí, señora, he encontrado una solución.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV

La inmortal

Apenas hube dado esta esperanza de éxito, cuando yo mismo me asusté de haberla concebido. Pero no había ya medio de retroceder. Mi hermosa cliente me apremiaba con sus preguntas.

— Pues bien, señora — le dije, — es preciso encontrar la manera de hacer hablar al oráculo, sin desempeñar el papel de impostor; pero necesito que me dé usted sobre la aparición cuyo teatro se supone fué esta residencia, los detalles que me faltan.

—¿Quiere usted ver los antiguos pa-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pelotes de donde he sacado mi resumen? — exclamó alegremente. — Los tengo aquí.

Abrió un mueble cuya llave poseía, y me mostró una nota bastante larga, con comentarios escritos en épocas diversas por diferentes cronistas adjuntos a la capilla de la residencia o al capítulo de un convento vecino que había sido secularizado durante el último reinado.

No sintiendo la menor prisa por contraer un compromiso que hubiera abreviado el plazo concedido al cumplimiento de mi misión, dejé para la noche la lectura de aquel legajo fantástico, y castamente, me dejé mimar por mi encantadora. Imaginéme que ella lo hacía con delicadeza de coqueta, ya fuese que se hallase interesada en sus propósitos hasta el punto de comprometerse un poco, con tal de lograr el triunfo, o que mi resistencia excitase su legítimo orgullo de mujer irresistible, o bien, y me detenía con delicia en esta última suposición, que sintiese hacia mí una estimación particular.

Tuvo que dejarme por fuerza: llegaban otras visitas. Teníamos invitados a la mesa; me presentó a sus nobles vecinos con marcada distinción, y me demostró ante ellos más miramientos de los que quizás tenía yo el derecho de esperar.

Hubo algunos que parecieron entender que aquello era mucho para un infeliz togado de mi condición, y trataron de hacérselo ver así. Pero ella dió pruebas de no tener gran temor de la crítica, mostrando tal tesón en sostenerme, que me sentí enloquecer un poco.

Cuando estuvimos solos, la señora de Ionis me preguntó qué pensaba hacer con los manuscritos relativos a la aparición de las tres damas verdes. Yo sentía gran excitación, me parecía que era amado y que no debía ya temer las burlas. Contéle, pues, ingenuamente, la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

visión que había tenido y la que me había relatado el padre Lamyre, tan semejante a aquélla.

—Véome, pues, obligado a creer—añadí—que hay ciertos estados de alma en los que sin terror, como sin charlatanismo y sin superstición, ciertas ideas se revisten de imágenes que engañan a nuestros sentidos, y quiero estudiar este fenómeno, ya experimentado por mí, en los relatos, serios o desvariados de aquellos en quienes ha podido producirse. No le oculto a usted que, contrariando los hábitos de mi espíritu, lejos de defenderme del encanto de las ilusiones, haré cuanto me sea posible para abandonarles mi cerebro. Y si en esta disposición enteramente poética, consigo ver y oir algún fantasma que me ordene que la obedezca, no retrocederé ante el juramento que puedan exigirme el señor de Ionis y su madre. No quedaré obligado a jurar que creo en las revelaciones de los espíritus y en las apariciones de los muertos, pues quizás no por esto creeré en ello; pero al afirmar que he oído voces, como puedo afirmar hoy que he visto sombras, no mentiré; y poco me importa pasar por insensato, si usted me dispensa el honor de no compartir esta opinión.

La señora de Ionis mostró gran sorpresa por lo que le decía y me dirigió muchas preguntas sobre mi visión en el *cuarto de las damas*. Escuchóme sin reirse y aun se admiró de la calma con que había soportado aquella extraña aventura.

—Veo—me dijo—que es usted un espíritu muy valeroso. En cuanto a mí, en su lugar, hubiera tenido miedo, lo confieso. Antes de que le permita empezar de nuevo esta prueba, júreme que no le asustará ni le impresionará más que la primera vez.

—Creo poder prometérselo—le contesté.—Siento en mí una calma exce-

siva, y aunque tuviese que presenciar algún espectáculo terrorífico, espero que permanecería bastante dueño de mí mismo para atribuirlo sólo a mi propia imaginación.

—¿Y piensa usted hacer esta evocación singular en la próxima noche?

—Puede ser; pero quiero empezar por leer todo cuanto se relaciona con ella. Quisiera también recorrer alguna obra sobre esta materia, no una obra de crítica denigrante, soy escéptico por temperamento, sino uno de esos antiguos tratados ingenuos, en los que, entre un sinnúmero de puerilidades, pueden encontrarse ideas ingeniosas.

— Bien, tiene usted razón — dijo, — pero no sé qué obra aconsejarle: no he hojeado mucho esos libros viejos. Si quiere usted buscar mañana en la biblioteca...

—Si me lo permite, haré este estudio inmediatamente. No son más que las once, es el momento en que su casa

queda en calma y en silencio. Velaré en la biblioteca, y si consigo exaltarme un poco, todo esto ganaré en disposición para volver a mi cuarto y ofrecer a las tres damas la cena conmemorativa que tiene la virtud de atraerlas.

— Entonces, mandaré llevar allí la famosa bandeja—dijo sonriendo la señora de Ionis,—y necesito esforzarme por encontrar esto muy raro para no dejarme conmover un poco.

—¡Cómo! señora, ¿también usted...?

—¡Oh! Dios mío—repuso,—¿qué se sabe? Hoy nos reímos de todo; ¿tenemos por ello más juicio que antes? Somos criaturas débiles que se creen fuertes; ¿quién sabe si no es ésta la causa de que nos hagamos más materiales de lo que Dios quiere, y si lo que tomamos por lucidez es sólo ceguera? Usted cree, como yo, en la inmortalidad de las almas. ¿Tan claramente se concibe una absoluta separación entre las nuestras y las que se han

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

desprendido de la materia, que podamos probarla?

Continuó por algunos instantes hablándome en este sentido con mucho ingenio; luego, algo turbada, me dejó, suplicándome que por poco que llegase a turbarme yo mismo, si me veía asediado por ideas negras, suspendiese la ejecución de mi proyecto. Me sentí tan dichoso y conmovido por su solicitud, que hube de manifestarle cómo lamentaba no tener que desafiar un poco al miedo para demostrarle mi celo.

Volví a mi habitación, en donde Ceferina había dispuesto ya la cesta; Bautista quiso retirarla.

—Deja eso aquí—le dije,—puesto que es la costumbre de la casa, y vé a acostarte. No me haces más falta hoy que los demás días.

—¡Ah! señor—me dijo,—si usted me lo permite, pasaré la noche en una butaca de su cuarto.

—¿Y por qué, amigo mío?

—Porque dicen que hay aparecidos. Sí, sí, señor, he acabado por comprender a los criados. Tienen mucho miedo; pero yo, que soy un antiguo soldado, tendré el mayor gusto en probarles que no soy tan bobo como ellos.

Me negué a darle este permiso y le dejé arreglando mi cobertor, para bajar a la biblioteca después de encargarle que no me aguardase.

Antes de ponerme a trabajar, recorrí aquella inmensa sala, encerrándome cuidadosamente por temor de verme estorbado por algún criado curioso o burlón. Luego encendí un candelabro de plata de muchos brazos y empecé a desenvolver el fantástico legajo relativo a las damas verdes.

Las frecuentes apariciones observadas y reproducidas con todos los detalles, de las tres señoritas de Ionis, coincidían perfectamente con lo que había visto y con lo que el padre me había contado. Pero ni él ni yo habíamos ex-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

tremado la fe o el valor hasta el punto de interrogar a los fantasmas. Otros lo habían hecho, decían los cronistas, y les había sido dado ver a las tres vírgenes, no ya bajo la apariencia de nubes verdosas, sino en todo el esplendor de su juventud y de su belleza; no todas a la vez, sino una en particular, mientras las otras dos permanecían apartadas. Y entonces esta fúnebre beldad respondía a todas las preguntas *serias* y *decentes* que se le querían dirigir. Descubría los secretos del pasado, del presente y del porvenir. Daba prudentes consejos. Indicaba tesoros escondidos a quienes eran capaces de hacer buen uso de ellos. Decía qué desgracias debían evitarse, qué faltas repararse; hablaba en nombre del cielo y de los ángeles, era, en fin, una potestad bienhechora para los que la consultaban con fines buenos y piadosos. Sólo era regañona y amenazadora con los burlones, los libertinos y los impíos. Decía el manuscrito: «Se las ha visto castigar cruelmente las intenciones perversas y falaces, y quienes se dirijan a ellas movidos solamente por la malicia y vana curiosidad, deben esperar cosas espantosas y se arrepentirán no poco de haberlas buscado».

Sin explicarse más sobre estas cosas espantosas, el manuscrito daba la fórmula de la evocación y todos los ritos que debían observarse, con tal seriedad y buena fe tan ingenua, que me dejé llevar. Las aparecidas adquirían en mi imaginación maravillosos colores que me seducían haciéndome desear, antes que temer, que la persuasión me dominase. La idea de ver andar y oir hablar a tres muertos, ya no me entristecía ni helaba en modo alguno. Por el contrario, exaltábame en ensueños elíseos, y veía a una Beatriz levantarse en los rayos de mi empíreo.

—¿Y por qué no he de tener yo estos ensueños—exclamaba interiormente,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—puesto que he tenido el prólogo de la visión? Mi necio terror me ha hecho indigno e incapaz de ser iniciado más profundamente en las revelaciones swedenborgistas, en las que creen muchas cabezas firmes y de las que he hecho mal en burlarme. Examinaré con gusto a este viejecito, pues eso es más alegre y más sano para el alma de un poeta, que la fría negación de nuestro siglo. Si paso por loco, si pierdo realmente la razón ¡qué importa! habré vivido en una esfera ideal y habré sido quizá más feliz que todos los cuerdos de la tierra.

Así me hablaba a mí mismo, con la cabeza entre las manos. Eran aproximadamente las dos de la madrugada, y reinaba en la residencia y en el campo el más profundo silencio, cuando una música dulce y encantadora, que parecía partir de la rotonda, me arrancó a mi ensueño. Levanté la cabeza y aparté el candelabro colocado delante de mí, para ver de quién provenía

aquel obsequio musical. Pero las cuatro bujías que alumbraban perfectamente mi mesa de trabajo no bastaban para dejarme distinguir ni aun el fondo de la sala, y con mayor razón, la rotonda, situada más allá.

Dirigíme desde luego hacia esta rotonda, y, no ofuscado ya por otra luz, distinguí las partes superiores del hermoso grupo de la fuente, iluminada de lleno por la luna, que daba en una de las ventanas abovedadas de la cúpula. El resto de la sala circular estaba en las sombras. Para asegurarme de que me encontraba solo, como creía estarlo, abrí la gran puerta vidriera que daba sobre el parterre, y vi que, en efecto, no había nadie. La música parecía haber disminuído, perdiéndose a medida que me acercaba, y casi no la oía ya. Pasé a la otra galería, que encontré igualmente desierta; pero allí se dejaron oir de nuevo muy distintamente los sonidos que me habían encantado, como si esta vez partiesen de detrás de mí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Me detuve sin volverme, para escucharlos. Eran dulces y quejumbrosos, sin formar combinación alguna melódica que yo me encontrase en estado de comprender. Era más bien una serie de acordes vagos, muy misteriosos, formados como al acaso por instrumentos que no hubiera sabido cómo nombrar, pues su timbre no se parecía a nada que me fuese conocido. El conjunto era agradable, aunque muy melancólico.

Volví sobre mis pasos y me aseguré de que estas voces, si así podía llamárselas, partían efectivamente de la concha de los tritones y de las sirenas de la fuente, aumentando o disminuyendo su intensidad según que el agua, cuya salida se había hecho irregular e intermitente, caía con mayor o menor fuerza en los pilones.

No vi en ello nada de fantástico, pues recordaba haber oído hablar de las girándulas italianas, que, por medio

de la compresión del aire por el agua, producen el efecto de órganos hidráulicos más o menos perfectos. Estas eran bastante dulces y muy afinadas, quizá porque no ejecutaban pieza alguna, limitándose a suspirar acordes armónicos como lo hacen las arpas eolias.

Recordé también que la señora de Ionis me había hablado de esa música diciéndome que se había descompuesto y que a veces se ponía en marcha por sí sola durante algunos instantes.

Esta explicación no me impidió proseguir el curso de mis ensueños poéticos. Sentía gratitud hacia la caprichosa fuente que consentía en cantar para mí solo, en tan hermosa noche y en medio de tan religioso silencio.

Vista así, a la luz de la luna, su efecto era prodigioso. Parecía verter sobre las cañas tiernas colocadas en sus bordes una lluvia de diamantes verdes. Inmóviles en sus actitudes desordena-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

das, los tritones tenían algo de terribles, y sus quejas lánguidas mezcladas con el murmullo de las pequeñas cascadas, les hacían parecer como desesperados de tener sujetos en cuerpos de mármol sus espíritus violentos. Hubiérase creído presenciar una escena de la vida pagana petrificada repentinamente por un movimiento imperativo de la nereida.

Entonces me dí cuenta del susto y sorpresa que esta ninfa me había causado en pleno día, con su calma soberbia, en medio de aquellos monstruos retorcidos bajo sus pies.

—¿Puede un alma impasible expresar la verdadera belleza?—pensé—y si esta criatura de mármol llegara a animarse, siendo, como lo es, magnífica, ¿no causaría miedo por ese aspecto de suprema indiferencia que la hace demasiado superior a los seres de nuestra raza?

Miréla atentamente en el reflejo de

la luna que bañaba sus hombros blancos y hacía destacar su pequeña cabeza colocada sobre un cuello esbelto y poderoso como el fuste de una columna. No podía distinguir sus rasgos, pues estaba situada a cierta altura; pero su desenvuelta actitud se dibujaba en líneas brillantes de incomparable gracia.

—Ahí está verdaderamente—pensé—la idea que me gustaría formarme de la dama verde, pues es cierto que, vista así...

De repente dejé de razonar y de pensar. Me pareció ver que la estatua se movía.

Creí que esta ilusión se debía al paso de una nube sobre la luna; pero no había nubes. Sólo que no era la estatua la que se movía, era una forma que se levantaba detrás o a su lado y que me pareció semejante en todo a ella, como si se destacase de aquel cuerpo de mármol un reflejo animado, dejándolo, para venir hacia mí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por un instante dudé del testimonio de mis ojos; pero aquella forma se hizo tan distinta, tan evidente, que no tardé en convencerme de que estaba viendo un ser real, y no experimenté ningún sentimiento de terror, ni aun de gran sorpresa.

La imagen viva de la nereida descendía como mariposeando, por los planos desiguales del monumento. Sus movimientos tenían una desenvoltura y una gracia ideales. No era mucho mayor que una verdadera mujer, si bien, la elegancia de sus proporciones le conservaba el sello de belleza excepcional que me había asustado en la estatua; pero ya no experimentaba nada semejante, y mi admiración tocaba al éxtasis. Le tendí los brazos para cogerla, pues me parecía que iba a lanzarse hasta mí franqueando una escarpadura de cinco o seis pies, que nos separaba aún.

Me equivocaba. Detúvose al borde

de la rocalla y me hizo seña de que me alejase.

Obedecí maquinalmente y la vi sentarse sobre un delfín de mármol que se puso a lanzar verdaderos rugidos. En seguida todas aquellas voces hidráulicas arreciaron como en una tempestad, formando a su alrededor un concierto verdaderamente diabólico.

Empezaban ya a irritarse mis nervios, cuando brotó no sé de dónde una luz glauca, que parecía no ser otra cosa que un rayo de luna más brillante, y me mostró con gran limpieza los rasgos de la nereida viva, tan semejantes a los de la estatua, que hube de mirarla de nuevo para asegurarme de que no había abandonado su sitial de piedra.

Entonces, sin pensar ya en explicarme nada, sin deseo de comprender nada, me embriagué con mudo estupor en la belleza sobrenatural de la aparición. Fué tan absoluto el efecto que produjo en mí, que ni me acudió

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ya la idea de acercarme para asegurarme de su inmaterialidad, como lo había hecho cuando se produjo en mi habitación.

Si pensé en ello, cosa que no acertaría a recordar, el temor de que una curiosidad atrevida la hiciese desvanecerse, bastó probablemente para contenerme.

¿Cómo no había de sentirme dominado por el deseo de satisfacer mis ansias de mirar? Era la nereida sublime, pero con ojos vivos, con ojos claros, de dulzura fascinadora, y con los brazos desnudos, contorneados, de carne transparente y cuyos movimientos eran suaves como los de la infancia. Aquella hija del cielo parecía tener, a lo más, quince años. Expresaba la firme castidad de la adolescencia por el conjunto de sus formas, mientras que su rostro se iluminaba con las seducciones de la mujer llegada al completo desenvolvimiento de su alma.

Su extraña indumentaria era absolutamente igual a la de la nereida: una vestidura o túnica flotante, hecha de no sé qué tejido maravilloso, cuyos pliegues suaves parecían estar mojados; una diadema cincelada con arte exquisito, un diluvio de perlas prendidas en las trenzas de su cabellera espléndida con esa mezcla de lujo singular y de feliz capricho que caracteriza el gusto del renacimiento; un contraste raro y encantador entre la vestidura extremadamente sencilla cuya riqueza consistía sólo en la holgura de su disposición y la perfección minuciosa de las joyas y de los delicados adornos del peinado.

La hubiera mirado durante toda mi vida sin ocurrírseme la idea de dirigirle la palabra. No me daba cuenta del silencio que había sucedido a la algarabía de la fuente. Ni aun sé si la contemplé un instante o una hora. Parecióme, de pronto, que la había visto siempre, que desde siempre la había

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conocido: era, quizás, que vivía un siglo por segundo.

Ella fué la primera en hablar. Oí sin comprender inmediatamente, pues el timbre argentino de su voz era sobrenatural como su belleza, cuya seducción completaba.

La escuchaba como una música, sin buscar a sus palabras un sentido determinado.

Hice, por fin, un esfuerzo para sacudir aquella embriaguez, y oí cómo me preguntaba si la veía. No sé lo que le contesté, pues ella añadió:

—¿Bajo qué aspecto me ves?

Y sólo entonces noté que me tuteaba.

Sentíme arrastrado a contestarle en igual forma, pues si ella me hablaba como reina, yo, por mi parte, le hablaba como a la Divinidad.

—Te veo—dije—como a un ser al que nada puede compararse sobre la tierra.

Me pareció que se sonrojaba; pues

mis ojos se habían acostumbrado al fulgor verde marino en que parecía bañada. Veíala blanca como una azucena, con los frescos colores de la juventud sobre las mejillas. Tuvo una sonrisa melancólica que la embelleció más aún.

—¿Qué ves en mí de extraordinario?—me dijo.

—La belleza—contesté brevemente.

Estaba demasiado conmovido para decir más.

—Mi belleza—repuso—es en ti en quien se produce, pues no existe por sí misma bajo forma que tú puedas apreciar. No hay aquí nada mío, excepto el pensamiento. Háblame, pues, como a un alma y no como a una mujer. ¿Qué consejo tienes que pedirme?

—Ya no me acuerdo.

—¿De dónde procede este olvido?

—De tu presencia.

—Procura recordar.

—¡No, no quiero!

—Entonces, ¡adiós!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡No! ¡no!—exclamé acercándome como para retenerla; pero me detuve con terror, pues el fulgor palideció súbitamente y la visión pareció borrarse.

—¡En nombre del cielo, quedaos!—repuse con angustia.—Me someto, soy casto en mi amor.

—¿Qué amor?—preguntó volviendo a hacerse resplandeciente.

—¿Qué amor? ¡No lo sé! ¿He hablado de amores? Pues bien, ¡sí, ya me acuerdo! Yo amaba ayer a una mujer y quería agradarla, hacer su voluntad a riesgo de mis deberes. Si sois una esencia pura, como lo creo, lo sabéis todo. ¿Debo, pues, explicaros...?

—No; conozco los hechos que interesan a la posteridad de la familia cuyo nombre llevo. Pero no soy la Divinidad, no leo en las almas. No sabía que amabas...

—¡No amo a nadie! En el momento presente no amo nada sobre la tierra, ¡y quiero morir, si, en otra región de la vida, puedo seguiros!

—Hablas delirando. Para ser feliz en la muerte, es preciso haber sido puro en la vida. Tienes una misión difícil que llenar, y por esto me has llamado. Cumple con tu deber o no volverás a verme.

—¿Cuál es este deber? Hablad; no quiero obedecer a nadie más que a vos sola.

—Este deber—respondió la nereida inclinándose hacia mí y hablando tan bajo que apenas podía distinguir su voz del fresco murmullo del agua—es que obedezcas a tu padre. Y luego, dirás a la mujer generosa que quiere sacrificarse, que aquellos a quienes compadece la bendecirán siempre, pero no querrán jamás aceptar su sacrificio. Conozco sus pensamientos, pues me han llamado y consultado. Sé que luchan por su honor, pero que no les asusta lo que los hombres llaman la pobreza. No hay pobreza para las almas altivas. Díselo así a la que te interrogará ma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ñana, y no cedas al amor que te inspira, hasta el punto de faltar a tu religión de familia.

—¡Obedeceré, lo juro! Y ahora, reveladme los secretos de la vida eterna. ¿Dónde está vuestra alma en este momento? ¿qué nuevas facultades ha adquirido en este cambio de estado?...

—Sólo esto puedo responderte: La muerte no existe; nada muere; pero las cosas de la otra vida son muy diferentes de lo que los hombres imaginan en el mundo en que te encuentras. No te diré más, no me preguntes.

—Decidme, por lo menos, si volveré a veros en esa otra vida.

—Lo ignoro.

—¿Y en la actual?

—Sí, si lo mereces.

—¡Lo mereceré! Decidme además... Puesto que podéis dirigir y aconsejar a los que viven en este mundo, ¿no podéis compadecerles?.

—Puedo hacerlo.

—¿Y amarles?

—A todos amo como a hermanos con quienes he vivido.

—Amad a uno más que a los otros. Hará milagros de valor y de virtud para que os intereséis por él.

—Que haga esos milagros y me encontrará en sus pensamientos. ¡Adiós!

—Esperad, ¡oh! ¡Dios mío, esperad! Se cree que dais en prenda de vuestra protección, y como medio de evocaros nuevamente, un anillo mágico a los que no os han ofendido. ¿Es verdad? ¿me lo daréis?

—Sólo los espíritus groseros pueden creer en la magia. Pero no tú, tú que hablas de la vida eterna y buscas la verdad divina. ¡Por qué medios podría darte un objeto material y palpable, un alma que comunica contigo sin valerse de órganos reales!

—No obstante, veo en vuestro dedo un anillo resplandeciente.

—Yo no puedo ver lo que ven tus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ojos. ¿Qué anillo es el que crees percibir?

—Un anillo ancho con una esmeralda en forma de estrella, engastada en oro.

—Es extraño que veas esto—dijo después de un momento de silencio; las operaciones involuntarias del pensamiento humano, y la conexión de estos ensueños con ciertos hechos pasados encierran quizás misterios providenciales. La ciencia de las cosas inexplicables sólo pertenece al que sabe la causa y la razón de todo. La mano que crees ver existe únicamente en tu cerebro. Lo que queda de mí, en la tumba, te causaría horror; pero quizás me ves tal como he sido en la tierra. Dime cómo me ves.

No sé qué entusiasta descripción hube de hacerle. Pareció escucharme con atención y me dijo:

—Si soy semejante a esta estatua, no debes extrañarlo, pues le he servido de modelo. De este modo has despertado en mí la imagen borrosa de lo que he sido, y hasta recuerdo haberme adornado con la pedrería que describes. El anillo que crees ver, lo perdí en una habitación de esta residencia, en donde he vivido; cayó entre dos piedras desunidas, en el hogar de la chimenea. Debía hacer levantar esas piedras el día siguiente, pero al día siguiente estaba muerta. Quizás lo encontrarás, si lo buscas. En tal caso, te lo doy en recuerdo mío y del juramento que has prestado de obedecerme. He aquí el día, ¡adiós!

Este adiós me causó el dolor más atroz que jamás había sentido; perdí la cabeza y me faltó poco para lanzarme de nuevo con objeto de retener la sombra encantadora, pues paso a paso habíame acercado a ella lo suficiente para tener al alcance de mi mano la orla de su vestidura, si me hubiese atrevido a tocarla; pero no me atreví. Ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bía olvidado, es verdad, las amenazas de la leyenda contra los que tentasen cometer esta profanación; me encontraba retenido y como anonadado sólo por un respeto supersticioso; mas un grito de desesperación salido de mi pecho fué a vibrar en las conchas marinas de los tritones de la fuente.

La sombra se detuvo, como paralizada por la compasión.

—¿Qué más quieres?—me dijo.—He aquí el día, no puedo quedarme.

—¿Y por qué? ¡Si tú quisieras!

—No debo volver a ver el sol de esta tierra. Habito la luz eterna de un mundo más hermoso.

—¡Llévame a ese mundo! no quiero continuar viviendo en éste; y no continuaré, lo juro, si no he de volver a verte.

—Volverás a verme, tranquilízate—dijo.—Espera la hora en que seas digno de ello, y hasta entonces no me evoques más. Te lo prohibo. Velaré por

ti como una providencia invisible, y el día en que tu alma sea tan pura como un rayo de la mañana, me apareceré a ti por la sola evocación de tu piadoso deseo. ¡Sométete!

—¡Sométete!—repitió una voz grave que resonó a mi derecha.

Me volví y vi a uno de los fantasmas que había visto ya en mi cuarto durante la primera aparición.

—¡Sométete!—repitió como un eco una voz semejante a mi izquierda.

Y vi al segundo fantasma.

Esto no me emocionó, aunque por lo elevado de su estatura y por el timbre profundo de su voz, ambos espectros tuviesen algo de lúgubres. Pero ¿qué me importaba ver u oir cosas horribles? Nada podía arrancarme del encanto en que estaba sumergido. Ni aun me detuve a mirar estas sombras accesorias; buscaba con la vista a mi celeste beldad. ¡Ay! había desaparecido, y ya no veía otra cosa que la inmóvil nereida

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

de la fuente, en su impasible postura bajo los tonos fríos del mármol teñido de azul por los reflejos de la mañana.

No sé qué se hizo de sus hermanas; no las vi salir. Halléme dando vueltas alrededor de la fuente, como un insensato. Creía estar durmiendo, y en la confusión de mis ideas, me aturdía con la esperanza de no despertarme.

Pero me acordé del anillo prometido y subí a mi cuarto, en donde encontré a Bautista, que me habló sin que yo llegase a saber de qué. Me pareció verle turbado, quizás a causa de la expresión de mi rostro; pero no pensé en interrogarle. Busqué en el hogar y no tardé en reparar en dos piedras desunidas. Esforcéme en levantarlas. Era ello una empresa imposible sin las herramientas necesarias.

Creyéndome, probablemente, loco, Bautista trató de ayudarme con movimiento maquinal.

—¿Ha perdido algo el señor?—dijo.

—Sí, ayer dejé caer ahí uno de mis anillos.

—¿Un anillo?... El señor no lleva anillos, nunca se los he visto.

—Es igual. Procuremos encontrarlo.

Tomó un cuchillo, rascó en la argamasa para ensanchar la hendidura, separó la ceniza y el cemento pulverizado que la llenaban, y sin dejar de ocuparse en satisfacerme, me preguntó cómo era este anillo, con el acento con que hubiera podido preguntarme qué había soñado.

—Es un anillo de oro con una estrella formada por una gruesa esmeralda —respondí con el aplomo de la certidumbre.

Ya no dudó, y desprendiendo una varilla de las cortinas de la vidriera, la encorvó en forma de gancho y alcanzó el anillo, que me presentó sonriendo. Pensaba, sin atreverse a decirlo, que se trataba de un regalo de la señora de Ionis.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En cuanto a mí, apenas lo miré, tan seguro estaba de que era el mismo cuya sombra había visto; era, en efecto, completamente semejante. Me lo puse en el dedo meñique, sin dudar de que había pertenecido a la difunta señorita de Ionis ni de que yo mismo había visto el espectro de esta maravillosa beldad.

Bautista se condujo con gran discreción. Convencido de que había gozado de una aventura deliciosa, me dejó invitándome a acostarme.

Bien puede creerse que no pensaba mucho en ello. Me senté ante la mesa que Bautista había desembarazado de la famosa cena de los tres panes, y para esforzarme en alcanzar de nuevo la embriaguez de mi visión cuyos detalles temía olvidar, me puse a escribir la fiel relación de la misma, tal como acaba de leerse.

Este estado de éxtasis y agitación me dominó hasta después de la salida

del sol. Luego me adormecí un poco, con los codos sobre la mesa, y creí evocar mi ensueño; pero no tardé en perderlo, y Bautista vino a arrancarme de la soledad en que, a partir de entonces, hubiera querido acabar mi vida.

Me arreglé de modo que no hube de bajar al piso inferior hasta el momento de sentarse a la mesa. No me había preguntado aún cómo daría cuenta de la visión; pensé en ello mientras fingía almorzar, pues no comí, y sin sentirme fatigado ni enfermo, experimentaba un disgusto invencible por las funciones de la vida animal.

La viuda, algo corta de vista, no notó mi turbación. Respondí a sus ordinarias preguntas con la misma vaguedad que en los días precedentes; pero esta vez sin representar comedia alguna y con la preocupación de un poeta que siendo preguntado por personas necias sobre el asunto de su poema, responde con ironía en forma evasiva

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para librarse de investigaciones embrutecedoras. No sé si la señora de Ionis quedó inquieta o sorprendida al verme así. No la miré, no la vi. Y apenas comprendí lo que me dijo mientras duró el estado de mortal violencia que para mí suponía el almuerzo.

Encontréme, por fin, solo en la biblioteca, esperándola como en los otros días, pero sin impaciencia alguna. Lejos de esto, sentía viva satisfacción en enfrascarme en mis ensueños. Hacía un tiempo admirable: el sol abrasaba los árboles y los terrenos cubiertos de flores, más allá de las grandes sombras transparentes proyectadas por la arquitectura de la residencia sobre los primeros planos del jardín. Yo recorría la sala de uno a otro extremo, deteniéndome cada vez que me encontraba delante de la fuente. Las ventanas estaban cerradas y las cortinas corridas a causa del calor. Tenían estas cortinas un color azul suave que yo quería ver

verdoso y que en aquel crepúsculo artificial me representaba algo de mi visión; experimentaba un increíble bienestar, una especie de alegría delirante.

Hablaba en alta voz y reía sin saber de qué, cuando sentí que me sujetaban el brazo con bastante fuerza. Volvíme y vi a la señora de Ionis, que había entrado sin que yo lo notase.

—¡Vamos a ver! contésteme; ¡míreme por lo menos!—me dijo algo impaciente.—¿Sabe usted que me da miedo y que no sé qué pensar de usted?

—Usted lo ha querido—le respondí,—he jugado con mi razón; estoy loco. Pero no se lo reproche; soy mucho más feliz así y no deseo curarme.

—¿Es decir—repuso examinándome con inquietud,—que esta aparición no es un cuento ridículo? ¿cree usted por lo menos... la ha visto producirse?

—¡Mejor que la veo a usted en este momento!

—No tome ese tono de orgullo em-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

briagado; no pongo en duda sus palabras. Cuénteme con tranquilidad...

—¡Nada! ¡nunca! le ruego que no me pregunte. No puedo, no quiero responder.

—¡En verdad, caballero, la sociedad de los espectros no le prueba a usted bien y va a hacerme creer que le han dicho cosas singularmente lisonjeras, pues le veo orgulloso y discreto como un amante afortunado!

—¡Ah! ¡qué está usted diciendo, señora!—exclamé.—No hay amor posible entre dos seres separados por el abismo de la tumba... Pero usted no sabe de qué habla, ¡no cree usted en nada, se burla de todo!

Me había mostrado tan brusco en mi entusiasmo, que la señora de Ionis se ofendió.

—Hay una cosa de la que no me burlo—dijo con viveza:—mi pleito, y ya que usted me ha prometido por su honor consultar el oráculo misterioso y conformarse con sus decisiones...

—Sí—respondí, cogiéndole la mano con familiaridad tan impropia como serena, y por la que, comprendiendo el estado de mi alma, no se ofendió;—sí, señora, perdone mi turbación y mi olvido. Mi abnegación hacia usted me ha hecho tentar un juego muy peligroso, y debo, por lo menos, darle cuenta del resultado. Se me ha prescrito que obedezca a la intención de mi padre y que le haga ganar su pleito.

Fuera que esperase esta contestación o que pusiera en duda mi lucidez, la señora de Ionis no mostró sorpresa ni contrariedad. Contentóse con alzar los hombros, y, sacudiéndome el brazo como para despertarme,

—Mi pobre joven—dijo,—ha soñado usted, y nada más. Por un momento he compartido su exaltación, he esperado que, a lo menos, volvería usted a la noción de equidad y delicadeza que encierra el fondo de su alma. Pero no sé qué escrúpulos exagerados o qué há-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bitos de obediencia pasiva para con su padre le han hecho oir esas palabras quiméricas. Despréndase de estas ilusiones. No ha habido espectros, no ha habido voz misteriosa; se ha calentado usted la cabeza con la indigesta lectura del antiguo manuscrito y con los cuentos de viejas del padre Lamyre. Voy a explicarle lo que le ha sucedido.

Me habló durante mucho rato; pero fueron en vano mis esfuerzos por escucharla y comprenderla. Por momentos me parecía que estaba hablándome en una lengua desconocida. Cuando vió que nada de lo que llegaba a mis oídos alcanzaba a mi espíritu, se inquietó seriamente por mí, me tomó el pulso para ver si tenía fiebre, me preguntó si me dolía la cabeza y me suplicó que me retirase a descansar. Comprendí que me permitía estar solo, y corrí a echarme sobre mi cama, no porque sintiese la menor fatiga, sino porque continuaba imaginándome que vería la celeste

belleza de mi inmortal, si conseguía dormirme.

No sé cómo transcurrió el resto del día. No tuve conciencia de ello. Al día siguiente por la mañana, vi a Bautista que andaba de puntillas por la habitación.

—¿Qué haces aquí, amigo mío?—le pregunté.

—Estoy velándole, mi querido señor —respondió.—Gracias a Dios, ha dormido usted dos horas completas. Se encuentra mejor, ¿no es verdad?

—Me encuentro muy bien. ¿He estado, pues, enfermo?

—Ha tenido usted un fuerte acceso de fiebre ayer por la tarde y le ha durado una parte de la noche. Es efecto del mucho calor que hace. ¡No se acuerda usted nunca de ponerse el sombrero cuando baja al jardín! ¡Tanto como se lo había encargado su señora madre!

Entró Ceferina a preguntar por mí

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con mucho interés, y me invitó a tomar una cucharada *más* de *mi* poción de calmante.

—Con mucho gusto—le dije, aunque no recordaba en modo alguno esa poción;—un huésped enfermo es incómodo, y no pido otra cosa que curarme pronto.

La poción me fué realmente muy saludable, pues continué durmiendo y soñé en mi inmortal. Cuando abrí los ojos, vi al pie de mi cama una aparición que dos días antes me hubiera encantado, pero que me contrarió como un reproche inoportuno. Era la señora de Ionis, que venía por sí misma a informarse de mi estado y a vigilar los cuidados que se me daban. Me habló amistosamente y mostró por mí un verdadero interés. Le dí las gracias lo mejor que supe, asegurándole que me encontraba muy bien.

Entonces apareció el grave rostro de un médico, que me examinó el pulso

y la lengua, me prescribió el descanso, y dijo a la señora de Ionis:

—Esto no será nada. No le deje usted leer, ni escribir, ni hablar hasta mañana, y podrá reunirse al día siguiente con su familia.

Al quedarme solo con Bautista, le interrogué.

—Dios mío, señor—me dijo,—no sé qué contestarle. Parece que la habitación que usted ocupaba pasa por estar encantada...

—¿La habitación que ocupaba? ¿En dónde estoy, entonces?

Miré a mi alrededor, y saliendo del entorpecimiento en que me encontraba, reconocí por fin que no estaba ya en el *cuarto de las damas*, sino en otro aposento de la residencia.

—En cuanto a mí, señor—repuso Bautista, que era un espíritu muy positivo,—he dormido en esa habitación y no he visto nada. No creo una palabra de esas historias. Pero al oir cómo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se atormentaba usted en la fiebre, hablando siempre de una hermosa dama que existe y que no existe, que está muerta y que está viva... ¡qué sé yo lo que ha llegado usted a decir sobre eso! era a veces tan bonito que hubiera querido recordarlo, o saber escribir para conservarlo; pero esto le dañaba y he tomado el partido de traerle aquí, en donde se encuentra usted mejor. Mire, señor, todo viene de que hace demasiados versos. ¡Su señor padre dice, con mucha razón, que eso desarregla las ideas! Haría usted mejor en pensar únicamente en sus legajos.

—Tienes razón ciertamente, mi querido Bautista—respondí,—y procuraré seguir tu consejo. Me parece, en efecto, que he tenido un acceso de locura.

—¿De locura? ¡Oh! ¡no, señor, a Dios gracias! Ha delirado usted un poco en medio de la fiebre, como puede sucederle a todo el mundo; pero esto ya se ha pasado, y, si quiere usted tomar un poco de caldo de pollo, se encontrará luego en tan buena disposición como lo ha estado siempre.

Me resigné al caldo de pollo, aunque yo hubiera preferido algo más nutritivo para restablecerme pronto. Encontrábame agobiado de fatiga. Durante el día fuí reparando poco a poco mis fuerzas, y se me permitió cenar ligeramente. Al día siguiente vino a verme la señora de Ionis. Estaba levantado y me encontraba perfectamente bien. Con mucha cordura le hablé de lo que me había sucedido, sin darle, no obstante, ningún detalle sobre el asunto. Había estado loco: me sentía muy avergonzado por ello y le rogaba que me guardase el secreto; si empezaban a tenerme en la comarca por visionario, estaba perdido como abogado; esto afectaría mucho a mi padre.

—No tema nada—me contestó;—le respondo de la discreción de mis criados; asegúrese usted del silencio del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

suyo, y esta aventura quedará aquí. Por otra parte, aun cuando se contase algo, nos bastaría decir que ha tenido usted un acceso de fiebre, y que estos espíritus supersticiosos se han complacido en interpretarlo según su propia credulidad. En el fondo, esto sería lo cierto. Al venir aquí a caballo en un día ardiente, tomó usted una insolación. Por la noche, estuvo enfermo. En los días siguientes, le atormenté con este triste pleito, y para atraerle a mi opinión ¡no he retrocedido ante ningún medio!

Detúvose, y cambiando de tono:

—¿Se acuerda usted de lo que le dije antes de ayer en la biblioteca?

—Confieso que no lo comprendí; me encontraba bajo el efecto de...

—¿De la fiebre? Cierto, ¡bien lo he visto!

—¿Consentiría usted en repetirme, ahora que estoy en pleno juicio, lo que me dijo referente a la aparición?

La señora de Ionis vaciló.

—¿Conserva acaso su memoria el recuerdo de esta aparición?—me dijo en tono ligero, aunque examinándome con una especie de inquietud.

—No—respondí,—esto es ahora muy confuso; confuso como un sueño del que por fin se tiene conciencia y que no se piensa ya en evocar de nuevo.

Mentía con aplomo; la señora de Ionis me creyó, y yo vi que también ella mentía al pretender que en la biblioteca me había hablado solamente del efecto del manuscrito para acusarse de habérmelo prestado en un momento en que estaba ya bastante agitado. Yo tenía la evidencia de que, llevada por un movimiento de alarma ante mi estado mental, me había dicho sobre ello cosas que ahora se felicitaba de que no hubiese oído; pero no sospechaba yo cuáles podían ser. Al verme tranquilo, me creía curado. Yo hablaba de mi visión con acento firme, como de un delirio. Me invitó a no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pensar más, a no seguir atormentándome por ello.

—No vaya usted a creerse más pobre de espíritu que otro cualquiera—añadió:—no hay nadie que no haya delirado algunas horas en su vida. Quédese dos o tres días más con nosotros; diga el médico lo que quiera, no le devolveré a sus padres débil y pálido. No hablaremos más del pleito; es inútil; iré a ver a su padre y hablaré con él de esto, sin atormentarle a usted más.

Por la tarde estaba yo completamente curado; traté de penetrar en mi antigua habitación: estaba cerrada. Me aventuré a pedir la llave a Ceferina, quien contestó que la había entregado a la señora de Ionis. No se quería alojar allí a nadie hasta que la leyenda, recientemente exhumada, quedase olvidada de nuevo.

Fingí haber olvidado algo en aquella habitación. Hubo que ceder: Ceferina fué por la llave y entró conmigo. Busqué por todas partes, sin querer decir qué era lo que había perdido. Miré en el hogar de la chimenea, y vi sobre las piedras desunidas los recientes arañazos dejados allí por el cuchillo de Bautista. Pero esto ¿qué probaba, sino que durante mi acceso de locura había hecho buscar allí un objeto que sólo existía en el recuerdo de un ensueño? Había creído que encontraba un anillo y que me lo ponía en el dedo. ¡No lo llevaba ya; sin duda, nunca lo había llevado!

Ni aun me atreví a interrogar a Bautista sobre este hecho. No me dejaron solo ni un instante, en el cuarto de las damas, que volvieron a cerrar tan pronto como hube salido. Sentí que nada me retenía ya en la residencia de Ionis, y partí al día siguiente por la mañana, furtivamente, para librarme de la conducción en carruaje con que me habían amenazado.

El caballo y el aire libre me resta-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

blecieron por completo. Atravesé bastante de prisa los bosques que rodeaban la residencia, con el temor de ser perseguido por la solicitud de mi bella amiga. Luego, moderé la marcha de mi caballo, a dos leguas de aquel lugar, y llegué tranquilamente a Angers a primera hora de la tarde.

Tenía el rostro un poco alterado: mi padre no lo notó mucho; pero nada escapa a la vista de una madre, y la mía se mostró inquieta por ello. Logré tranquilizarla comiendo con buen apetito; había arrancado a Bautista el juramento de no decir nada, al que él había puesto la restricción de que no lo mantendría si yo llegaba a enfermar de nuevo.

¡Me guardé, pues, muy bien de ello! me cuidé física y moralmente, como un mozo muy interesado en la conservación de su ser. Trabajé sin exceso, paseé regularmente, alejé toda idea lúgubre y me abstuve de lecturas excitan-

tes. La razón de toda esta razón tenía su origen en una locura obstinada pero tranquila, y por así decirlo, dueña de sí misma. Quería comprobar ante mi propio juicio que no había estado loco, que no lo estaba y que no había nada mejor averiguado, ante mis propios ojos, que la existencia de las damas verdes. Quería de este modo devolver a mi espíritu al estado de lucidez necesario para callar mi secreto, alimentándolo en mí mismo como la fuente de mi vida intelectual y el criterio de mi vida moral.

Toda huella de la crisis se borró, pues, rápidamente, y al verme estudioso, razonable y moderado en todo, hubiera sido imposible adivinar que me encontraba bajo el imperio de una idea fija, de una perfecta monomanía.

Tres días después de mi regreso a Angers, mi padre me envió a Tours para otro asunto. Pasé allí veinticuatro horas, y al volver a *nuestra casa*, supe

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que la señora de Ionis había venido a ponerse de acuerdo con mi padre sobre la continuación del pleito. Había parecido ceder a la razón positiva: consentía en ganar.

Me alegré de no haberme encontrado con ella. Imposible fuera decir que una mujer tan encantadora se me había hecho antipática; pero es lo cierto que temía mejor que deseaba volver a verla. Su escepticismo, que sólo pareció haber abandonado un día, conmigo, para abrumarme con él al día siguiente, me hacía el efecto de una injuria y me causaba un dolor indecible.

Al cabo de dos meses, y a pesar de todos mis esfuerzos para parecer dichoso, mi madre se dió cuenta de la espantosa tristeza que ocupaba el fondo de mis pensamientos. Todo el mundo notaba un gran cambio a mi favor, lo que había empezado por alegrarla. Mi conducta era perfectamente austera y mi conversación tan grave y sensata

como la de un viejo magistrado. Sin ser devoto, me mostraba religioso. No escandalizaba ya a las almas sencillas por mi volterianismo. Juzgaba en todas las cosas con imparcialidad y criticaba sin acrimonia las que no admitía. Todo esto era edificante, excelente; pero no encontraba ya gusto en nada, y la vida era para mí una pesada carga. Ya no era joven, ya no conocía la embriaguez del entusiasmo, ni el calor de la alegría.

No me faltó, pues, a pesar de mis importantes ocupaciones, el tiempo para escribir versos, y hubiera tenido este tiempo, aunque no me lo hubiesen dejado, pues casi no dormía ya ni corría tras de ninguna de las diversiones que absorben las tres cuartas partes de la vida de un hombre joven. No pensaba ya en el amor y huía del mundo; había dejado de exhibirme con los mozos de mi edad ante las miradas de las mujeres hermosas de la comarca. Estaba re-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY

tirado, meditabundo, austero; era muy amable con los míos, muy modesto con todo el mundo, muy ardiente en las luchas forenses. Pasaba por ser un joven irreprochable; pero era profundamente desgraciado.

Es que alimentaba con extraño estoicismo una pasión insensata y única en la vida. Amaba a una sombra, no podía ni aun decir, a una muerta. Todas mis investigaciones históricas no habían venido a probarme más que esto: Las tres señoritas de Ionis no habían existido quizás nunca fuera de la leyenda. Su historia, colocada por los últimos cronistas en la época de Enrique II, era ya una crónica antigua, insegura en esa misma época. No quedaba de ellas ni un título, ni un nombre, ni un escudo en los papeles de la familia de Ionis; mi padre los había tenido todos en sus manos con motivo del pleito; ¡ni aun una piedra tumularia en ningún lugar de aquella región!

Es decir que yo adoraba a una mera ficción, nacida, según todas las apariencias, en las nubes de mi cerebro. Pero he aquí una cosa de la que hubiera sido imposible convencerme. Había visto y oído a esta maravilla de belleza; existía ésta en una región que me era imposible alcanzar, pero de la que ella podía descender hacia mí. Profundizar en el problema de esta existencia indefinible y en el misterio del lazo que se había establecido entre nosotros, me hubiera conducido al delirio. Yo lo sentía así, no quería explicar nada, ahondar en nada; vivía por la fe, que es el *argumento de las cosas que no parecen ser*, una locura sublime, pase, si la razón no es más que el argumento de lo que cae bajo los sentidos.

Mi locura no era tan pueril como hubiera podido temerse. La cuidaba como una facultad superior y no la permitía descender de las alturas en que la había colocado. Me abstuve, pues, de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

toda nueva evocación, con el temor de extraviarme en la persecución cabalística de alguna quimera indigna de mí. La inmortal me había dicho que me hiciese digno de que ella permaneciese viva en mi pensamiento. No me había prometido volver bajo la forma en que la había visto. Había dicho que esta forma no existía, ni era otra cosa que la creación producida en mí por la elevación de mi sentimiento para con ella. No debía, por lo tanto, atormentar a mi cerebro para reproducirla, pues mi cerebro podía desnaturalizarla y hacer surgir alguna imagen inferior a ella. Quería purificar mi vida y cultivar en mí el tesoro de la conciencia, con la esperanza de que en un momento dado esta celeste figura vendría por sí misma a colocarse ante mí, conversando conmigo con aquella voz querida, que no había merecido oir por largo rato.

Bajo el imperio de esa manía, estaba en camino de convertirme en un hombre de bien, y es muy extraño que la locura me llevase a la cordura. Pero había en ello algo demasiado sutil, demasiado difícil para la naturaleza humana. Esta ruptura de mi alma con el resto de mi ser, y de mi vida con los arranques de la juventud, debía conducirme paso a paso a la desesperación, quizás al furor.

Aun no había pasado de la melancolía, y, aunque muy pálido y muy enflaquecido, no estaba enfermo, ni insensato, en apariencia, cuando le llegó el turno a la causa de los de Ionis contra los de Aillane. Mi padre me advirtió que debía preparar mi defensa para la semana siguiente. Hacía entonces unos tres meses que, en una mañana de junio, había yo abandonado la funesta residencia de Ionis.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V

El duelo

A medida que habíamos ido estudiando aquel triste asunto, tanto mi padre como yo habíamos llegado al pleno convencimiento de que era *imperdible*. Hallábanse frente a frente dos testamentos: uno, que cinco años atrás recibió su plena ejecución, estaba hecho en favor del señor de Aillane. Encontrándose éste escaso de fondos en la época de aquella herencia, había vendido el inmueble que creía suyo, para normalizar su situación. El otro testamento, descubierto tres años más tarde, por

uno de esos extraños azares que hacen decir que a veces la vida parece una novela, despojaba repentinamente a los de Aillane para enriquecer a la señora de Ionis. La validez de este último era incontestable; su fecha, posterior a la del primero, era clara y precisa. El señor de Aillane alegaba el estado de imbecilidad del testador y la presión que, en cierto modo, había ejercido sobre él, en sus últimos momentos, el señor de Ionis. Este último punto era bastante real; pero no había medio de comprobar la existencia del estado de imbecilidad.

Por otra parte, el señor de Ionis pretendía, con razón, que, acosado por sus acreedores, de Aillane les había cedido el inmueble por un precio inferior a su valor, y reclamaba una suma de cierta importancia, puesto que éste era el último residuo de la fortuna de sus adversarios.

El señor de Aillane no abrigaba muchas esperanzas de éxito. Sentía lo endeble de su causa; pero estaba interesado en justificarse de la acusación lanzada contra él, de haber conocido, o siquiera sospechado, la existencia del segundo testamento, de haber inducido a la persona que lo guardaba como depositario, a mantenerlo oculto durante tres años y de haberse apresurado a realizar la herencia para librarse, en parte, de las consecuencias del porvenir. Había, por lo tanto, aparte del fondo del asunto, una discusión sobre el valor real del inmueble, exagerado en más y en menos por cada una de las partes, respectivamente, en los debates anteriores a la intervención de mi padre en la causa.

Hablábamos mi padre y yo sobre este último punto, sin estar completamente de acuerdo, cuando Bautista nos anunció la visita del señor de Aillane, hijo, capitán del regimiento de ***.

Bernardo de Aillane era un guapo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mozo de mi edad aproximadamente, pundonoroso, vivo y lleno de franqueza. Se expresó con mucha cortesía, apelando a nuestro honor como hombre que conoce la rigidez de este sentimiento; pero al final de su exordio, llevado por la vivacidad de su carácter, dejó asomar una amenaza muy clara contra mí, para el caso en que, en mi discurso, llegase a expresar alguna duda sobre la perfecta lealtad de su padre.

El mío se conmovió más que yo mismo al oir esta amenaza, y como abogado que era por naturaleza, se irritó elocuentemente. Vi cómo de un proyecto de reconciliación iba a nacer una querella, y rogué a los dos interlocutores que me escuchasen.

— Permítame, padre — dije, — que haga observar al señor de Aillane que acaba de cometer una grave imprudencia, y que si no tuviese yo, gracias a los deberes de mi profesión, una sangre

más tranquila que la suya, me complacería en provocar su cólera para convertirlo todo en argumento según las conveniencias de mi causa.

—¿Qué quiere decir esto?—exclamó mi padre, que era el hombre más pacífico en su interior, pero que sabía también acalorarse regularmente en el ejercicio de sus funciones. Cuento, hijo mío, con que todo te servirá de argumento, y con que, si tienes el menor motivo para sospechar de la buena fe de tus adversarios, no será el bigotito ni la espadita del señor de Aillane, como tampoco los bigotazos y el espadón de su señor padre, los que te impedirán proclamarlo.

El joven de Aillane estaba fuera de sí, y no pudiendo emprenderla con un hombre de la edad de mi padre, tenía grandes deseos de emprenderla conmigo. Dirigióme algunas palabras bastante agrias, a las que no respondí, y sin dejar de dirigirme a mi padre, le dije:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Tiene usted mucha razón al creer que no me dejaré intimidar; pero hay que perdonar al señor de Aillane que haya tenido este pensamiento. Si yo me encontrase en la misma situación en que él se encuentra, y viese puesto en tela de juicio el honor de usted, piense, mi querido padre, que no sería quizás más paciente y razonable de lo que conviene. Tengamos, pues, algunos miramientos con su inquietud, y ya que no podemos aliviarla, no seamos rigurosos haciéndola durar más. He examinado bastante este asunto para estar convencido de la extremada delicadeza de toda la familia de Aillane, y será para mí un gusto, tanto como un deber, el rendirle este homenaje en toda ocasión.

—Esto es todo lo que deseaba, caballero—exclamó el joven estrechándome las manos;—y ahora, ¡gane usted su pleito, no pedimos otra cosa!

—¡Un momento, un momento!—re-

puso mi padre con el fuego que daba, en las audiencias, a sus réplicas.—Yo no sé, hijo mío, cuáles son, en definitiva, tus ideas sobre esta perfecta lealtad; pero, en cuanto a mí, si es cierto que encuentro en la parte histórica del asunto, circunstancias en que me parece evidente, hay otras que me dejan dudas, y te ruego que no te comprometas a nada antes de haber pesado todas las objeciones que iba a proponerte cuando el señor nos ha concedido el honor de su visita.

—Permítame, padre—respondí con firmeza,—que le diga que no me bastarían ligeras apariencias para compartir sus dudas. Sin mencionar la reputación bien establecida del señor conde de Aillane, tengo, referente a él y a su familia, un testimonio...

Me detuve al pensar que no podía invocar este testimonio de mi sublime y misteriosa amiga sin hacer reir a costa mía. Era, no obstante, tan seguro,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en mi pensamiento, que nada en el mundo, ni aun los hechos reales, me hubieran quitado aquella certidumbre.

—Sé de qué testimonio hablas—dijo mi padre.—La señora de Ionis tiene mucho afecto...

—¡No conozco apenas a la señora de Ionis!—replicó vivamente el joven de Aillane.

—Y por lo tanto, no hablo de usted, caballero—contestó mi padre sonriendo;—hablo del conde de Aillane y de la señorita, su hija.

—Y yo, padre—dije a mi vez,—no me he referido a la señora de Ionis.

—¿Puedo preguntarle—me dijo el joven de Aillane—quién es la persona que ha tenido sobre usted esta feliz influencia, a fin de que yo pueda agradecérselo?

—Me permitirá usted, caballero, que no se lo diga. Es cosa puramente personal.

El joven capitán me rogó que dispensara su indiscreción, se despidió de mi padre con alguna frialdad y se retiró manifestándome su gratitud por mi amistoso proceder.

Le seguí hasta la puerta de la calle como para acompañarle. Allí volvió a tenderme la mano; pero esta vez retiré la mía, y rogándole que entrase un momento en mi habitación, que daba sobre el vestíbulo de entrada de nuestra casa, le declaré de nuevo que estaba convencido de la nobleza de los sentimientos de su padre, y bien decidido a no dirigir el menor ataque al honor de su familia. Después de lo cual, le dije:

—Sentado esto, caballero, va usted a permitirme que le pida cuenta del insulto que me ha dirigido al dudar de mi pundonor hasta amenazarme con su resentimiento. Si no lo he hecho delante de mi padre, que parecía impulsarme a ello, ha sido porque sé que, una vez pasado su enojo, se hubiera

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

creído el más desgraciado de los hombres. Tengo, además, una madre muy tierna; esto es lo que me hace pedirle el secreto sobre la explicación que tenemos ahora. Estoy encargado de los intereses de la señora de Ionis, y mañana defiendo su causa. Le ruego, pues, que me conceda, para mañana, a la salida de la Audiencia, la cita que deseo de usted.

—¡No, vive Dios! nada de eso—exclamó el joven echándose a mi cuello. —¡No tengo el menor deseo de matar a un joven que me demuestra tanto corazón y tal equidad! He hecho mal, he obrado como un aturdido, y heme aquí dispuesto a pedirle que me dispense.

—Es perfectamente inútil, caballero, porque estaba usted dispensado de antemano. En mi profesión se está expuesto a este género de ofensas, que no alcanzan a un hombre honrado; pero esto no salva la necesidad en que me veo de batirme con usted.

—¡De veras! ¿Y por qué demonios lo quiere usted, después de las excusas que le he dado?

—Porque estas excusas son íntimas, mientras que su visita a esta casa ha sido pública. Ahí está su magnífico caballo piafando a nuestra puerta y su soldado galoneado que atrae todas las miradas. Usted sabe muy bien lo que es una pequeña ciudad de provincia. Dentro de una hora todo el mundo sabrá que ha venido un brillante oficial a amenazar a un abogadillo que informa en contra suya, y puede usted estar seguro de que mañana, cuando haya tenido para con usted y los suyos los miramientos que creo deberles, más de un espíritu malévolo me acusará de tener miedo de usted y reirá de mi figura comparada con la suya. Me resigno a esta humillación; pero una vez cumplido este deber, tendré que cumplir otro, que será el de demostrar que no soy un cobarde indigno de ejercer una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

profesión honrosa, y capaz de hacer traición a la confianza de sus clientes bajo el temor de una estocada. Piense usted que soy muy joven, caballero, y que ahora o nunca es cuando tengo que dejar establecido cuál es mi carácter.

— Me hace usted comprender mi error—respondió el señor de Aillane.— No me había dado cuenta del alcance de mi gestión, y le debo una excusa en público.

—Después de mi informe, sería demasiado tarde: podría creerse que había cedido al temor; y antes, sería demasiado pronto: podría creerse que usted teme mis revelaciones.

—Entonces no hay medio de arreglarlo, y todo cuanto puedo hacer por usted es darle la reparación que exige. Cuente, por lo tanto, con mi palabra y con mi silencio. Mañana, al salir de la Audiencia, me encontrará usted en el lugar que quiera designarme.

Dejamos establecidas nuestras condiciones. Luego, me dijo el oficial con acento triste y afectuoso:

—¡He aquí un mal negocio para mí, caballero! pues si tuviese la desgracia de matarle, creo que después me mataría a mí mismo. No podré perdonarme el haber puesto a un hombre de corazón como usted en la necesidad de jugarse la vida conmigo. ¡Quiera Dios que el resultado no sea muy grave! Me servirá de lección. Y entretanto, suceda lo que quiera, considere usted mi arrepentimiento y no conserve de mí una opinión muy mala. ¡Es bien cierto que el mundo nos educa mal a nosotros, los hijos de familia! Olvidamos que la burguesía vale tanto como nosotros y que ya es hora de contar con ella. ¡Vamos, ahora deme usted la mano, en espera del momento en que nos cortemos el pescuezo!

La señora de Ionis debía venir al día siguiente para asistir a la vista. Había recibido varias cartas suyas, muy

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

amistosas, en las que ya no me desviaba de mis deberes de abogado, contentándose con recomendarme que respetase el honor de sus parientes, que, decía, no podía ser desconocido ni ofendido sin que la vergüenza la alcanzase a ella. Era fácil prever que contaba con su propia presencia para contenerme, en el caso de que me dejase arrastrar por algún despecho oratorio.

Se equivocaba al creer que hubiera podido ejercer sobre mí alguna autoridad. Hallábame para siempre gobernado por una influencia más alta, por un recuerdo poderoso de muy distinto modo que el suyo.

Volví a hablar con mi padre durante la velada, induciéndole a que me dejase libre de apreciar a mi modo la parte moral del asunto. Me dió las buenas noches y me dijo en un tono algo burlón que no supe comprender mejor que sus propias palabras:

—Mi querido hijo, ¡anda con cui-

dado! La señora de Ionis es para ti un oráculo ¡ya lo sé! Pero mucho me temo que estés trabajando para otro.

Y al notar mi extrañeza, añadió:

—Ya hablaremos luego de esto. ¡Piensa en cumplir bien mañana y en honrar así a tu padre!

En el momento de meterme en cama, quedé sorprendido por la vista de un nudo de cintas verdes sujeto a mi almohada por un alfiler. Tomélo notando que contenía una sortija: era la estrella de esmeralda cuyo recuerdo duraba en mí como el de un sueño febril. Aquel anillo misterioso existía; ¡me era devuelto!

Me lo puse en el dedo y lo toqué cien veces para asegurarme de que no era víctima de una ilusión; luego, me lo quité y lo examiné atentamente, cosa que no había sido capaz de hacer en la residencia de Ionis; descifré esta divisa escrita en caracteres muy antiguos: *Tu vida sólo es mía.*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

¿Era esto, entonces, una prohibición de batirme? ¿No quería permitir aún la inmortal, que fuese a reunirme con ella? Fué un dolor cruel; pues, desde hacía algunas horas, se había apoderado de mí el ansia de morir, y esperaba que las circunstancias me autorizarían a desembarazarme de la vida sin ser rebelde ni cobarde.

Llamé a Bautista, a quien oía aún andar por la casa.

—Escucha—le dije,—es preciso que me digas la verdad, amigo; pues eres un hombre honrado y mi razón está en tus manos. ¿Quién ha venido aquí esta noche? ¿Quién ha traído el anillo a mi habitación, ahí, sobre la almohada?

—¿Qué anillo, señor? No he visto ningún anillo.

—Pero ¿no lo ves ahora? ¿No lo tengo en el dedo? ¿No lo viste ya en la residencia de Ionis?

—¡Es verdad, señor, que lo veo y lo reconozco perfectamente! Es el que

usted perdió allí y yo encontré entre dos baldosas; pero le juro por mi honor, que no sé cómo se encuentra aquí, y que al hacer la cama no he visto nada sobre la almohada.

—Por lo menos, podrás quizás decirme una cosa que no me he atrevido aún a preguntarte después de aquella fiebre que me volvió loco durante algunas horas. ¿Quién me quitó este anillo en la residencia de Ionis?

—¡He aquí otra cosa que también ignoro, señor! Al no vérselo en el dedo, pensé que lo habría guardado... para no comprometer...

—¿A quién? ¡Explícate!

—¡Dios mío! señor, ¿no fué la señora de Ionis quien se lo dió?

—Nada de eso.

—Después de todo, el señor no está obligado a decírmelo... Pero debe habérselo devuelto ella.

—¿Has visto venir hoy aquí a alguien de su casa?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No, señor, a nadie. Pero el que ha cumplido el encargo conoce las habitaciones de la casa ¡ni más ni menos!

Viendo que no sacaría nada del examen de las cosas reales, despedí a Bautista y me entregué a mis ensueños de costumbre. No podía ya explicarse todo aquello de un modo natural. Aquel anillo encerraba el secreto de mi destino. Estaba desconsolado por tener que desobedecer a mi inmortal, y era, al mismo tiempo, dichoso al imaginarme que ella cumplía su promesa de velar por mí.

No cerré los ojos en toda la noche. Mi pobre cabeza estaba bastante enferma, y mi corazón más aún. ¿Debía desobedecer al árbitro de mi destino? ¿debía sacrificarle mi honor? Había ido demasiado lejos en mi compromiso con el señor de Aillane, para volver sobre mis pasos. Hubo momentos en que me detuve en la idea del suicidio, para librarme del suplicio de una existencia que ya no comprendía. Luego, me tran-

quilizaba con el pensamiento de que esta terrible y deliciosa divisa: *Tu vida sólo es mía,* no tenía el sentido que yo le había atribuído, y resolví pasar por encima de la misma, convenciéndome de que la inmortal se me aparecería en el mismo lugar del combate, si su voluntad estaba en impedirlo.

Pero ¿por qué no se me aparecía por sí misma, para dar fin a mis dudas? Y la invocaba con ardor desesperado.

—¡La prueba es demasiado larga y demasiado cruel!—le decía;—voy a perder en ella la razón y la vida. Si debo vivir por ti, si te pertenezco...

Un aldabonazo dado en la puerta de la calle, me hizo estremecer. Aun no era de día. Sólo yo estaba despierto en casa. Me vestí a toda prisa. Dieron un segundo aldabonazo, y luego un tercero, en el momento en que me lanzaba a través del vestíbulo.

Abrí temblando. No sé qué relación podía establecer mi imaginación entre

esta visita nocturna y el motivo de mis angustias; pero quienquiera que fuese el visitante, yo tenía el presentimiento de una solución. Lo era, en efecto, aunque me fuese imposible comprender la trama de los sucesos en que iba pronto a ver el desenlace de mi situación.

Era el visitante un criado de la señora de Ionis, que llegaba a galope con una carta para mi padre o para mí, pues ambos nombres estaban escritos sobre la dirección.

Mientras las demás personas de la casa se levantaban para venir a abrir, leí lo siguiente:

«Suspendan el pleito. Acabo de recibir, y les transmito, una noticia grave que les desliga de la palabra dada al señor de Ionis. El señor de Ionis ya no existe. Recibirán la noticia oficial durante el día de hoy.»

Llevé la carta a mi padre.

—¡En buen hora!—dijo.—He aquí una feliz noticia para nuestra bella

cliente, si este difunto malhumorado no le deja muchas deudas; ¡un buen negocio también para los de Aillane! El tribunal habrá perdido la ocasión de pronunciar una hermosa sentencia, y tú la de hacer un informe brillante. Siendo así... ¡durmamos, ya que no tenemos cosa mejor que hacer!

Volvióse de cara a la pared; luego, cuando yo iba a salir de su cuarto, me llamó.

—Mi querido hijo—me dijo frotándose los ojos,—pienso en una cosa: y es que tú estás enamorado de la señora de Ionis, y que, si queda arruinada...

—¡No, no, padre!—exclamé,—no estoy enamorado de la señora de Ionis.

—¿Pero lo has estado? Vamos a ver, la verdad. Esta es la causa del cambio que has hecho. Te ha venido la ambición del talento... y esta melancolía que inquieta a tu madre...

—¡Ciertamente!—dijo mi madre,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que, despierta por los aldabonazos dados en aquella hora insólita, había entrado en gorro de dormir mientras hablábamos; ¡sé sincero, hijo mío! tú quieres a esta hermosa señora, y hasta creo que ella te quiere. Pues bien, confiésate con tus padres...

—Me confesaré con mucho gusto—respondí besando a mi madre;—he estado enamorado de la señora de Ionis durante dos días; pero me he curado al tercero.

—¿Palabra de honor?—preguntó mi padre.

—¡Palabra de honor!

—¿Y la razón de este cambio?

—No me la pregunten, no puedo decírsela.

—Yo la sé—dijo mi padre, riendo y bostezando a la vez: es porque la damita de Ionis y ese primo tan guapo que no la conoce... Pero no es esta la hora de comadrear. No son más que las cinco, y ya que mi hijo no suspira

ni informa hoy, voy a pegarme a las sábanas.

Libre de la inquietud relativa al duelo, descansé un poco. Durante el día, la defunción del señor de Ionis, llegado a Viena, quince días antes (las noticias no eran tan rápidas en aquel tiempo), se hizo pública en la población, y el pleito quedó detenido por efecto de una próxima transacción entre las partes.

Por la noche, recibimos la visita del joven de Aillane. Venía a excusarse ante mi padre, y esta vez acepté sus explicaciones con la mejor voluntad. A pesar de la grave entonación con que hablaba del señor de Ionis, vimos fácilmente que le costaba trabajo disimular su alegría.

Aceptó nuestra cena, y luego me siguió a mi habitación.

—Mi querido amigo—me dijo,—pues es preciso que de ahora en adelante me permita usted darle este nom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bre, quiero abrirle mi corazón, que desborda a pesar mío. No me cree usted interesado, espero, hasta el punto de suponer que me alegro locamente del desenlace del pleito. El secreto de mi felicidad...

—No me hable de ello—le dije;—lo sabemos, ¡lo hemos adivinado!

—Y ¿por qué no hablar de ello con usted, que tanto merece mi estimación y tanto afecto me inspira? No crea usted ser un desconocido para mí. Hace tres meses que doy cuenta de todas sus acciones, de todos sus éxitos a...

—¿A quién?

—¡A una persona que se interesa por usted en cuanto le es posible! a la señora de Ionis. Durante algún tiempo, después de su visita a la residencia, estuvo muy inquieta por usted, llegando al punto de darme celos. Me tranquilizó por este lado, diciéndome que había usted estado gravemente enfermo por espacio de veinticuatro horas.

—Entonces—dije con un poco de inquietud,—no teniendo ella secretos para usted, le habrá comunicado la causa de aquellas horas de delirio...

—Sí, no se atormente usted; todo me lo ha contado, sin que ni ella ni yo hayamos pensado en burlarnos por ello. Bien al contrario, esto nos entristecía mucho, y la señora de Ionis se reprochaba el haberle dejado jugar con ciertas ideas que pueden causar una emoción excesiva. Lo que yo sé, por mi parte, es que, sin dejar de jurar como un demonio, que no creo en las damas verdes, no hubiera tenido nunca el valor de evocarlas dos veces. Más aún: si se me hubiesen aparecido, yo hubiera ciertamente destrozado la habitación; y en cambio, usted, a quien tan neciamente provoqué ayer, me parece, en cuanto a las cosas sobrenaturales, mucho más atrevido de lo que yo soy curioso.

Este amable joven, que usaba enton-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ces de una licencia, volvió para verme, los días siguientes, y pronto fuimos dos buenos amigos. No podía aún dejarse ver en la residencia de Ionis y esperaba impacientemente que su bella y querida prima le permitiese presentarse, tan luego como hubiera consagrado a las conveniencias los primeros días de su luto. El hubiera querido aguardar en una población más cercana a su residencia; pero ella se lo había prohibido formalmente, por no fiar en la prudencia de un prometido tan prendado.

Decía, por otra parte, tener negocios en Angers, aunque no supo contarme cuáles eran, y no parecía ocuparse mucho de ellos, pues pasaba todo el tiempo conmigo.

Me contó sus amores con la señora de Ionis. Habían nacido el uno para el otro y se habían amado desde la infancia. Carolina había sido sacrificada a la ambición, e internada en un convento, para romper su intimidad. Habían vuelto a verse en secreto, antes y después del casamiento con el señor de Ionis. El joven capitán no se veía obligado a ocultármelo, ya que sus relaciones no habían dejado nunca de ser puras.

—De no ser así—decía,—no me vería tan confiado y tan locuaz como lo soy con usted.

Su expansión, que al principio me propuse no compartir, acabó por apoderarse de mí. Era uno de esos caracteres abiertos y rectos, contra los cuales no hay defensa; lo mismo sería enfurruñarse contra sí mismo. Preguntaba con insistencia y encontraba el modo de hacerlo sin parecer curioso ni inoportuno. Se comprendía que sentía interés por uno mismo, y que hubiera querido ver a los que amaba tan felices como él.

Me dejé, pues, llevar hasta contarle toda mi historia, y aun hasta a confesarle la extraña pasión que me domi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

naba. Escuchóme muy seriamente y me aseguró que no encontraba nada de ridículo en mi amor. En lugar de procurar distraerme del mismo, me aconsejó que perseverase en la tarea que me había impuesto, de llegar a ser un hombre de gran virtud y mérito.

—Cuando haya usted llegado a este punto—me decía,—si es que no ha llegado ya, o bien se producirá en su vida algún milagro que ignoro, o bien, su espíritu, repentinamente calmado, reconocerá que se había extraviado en la persecución de una dulce quimera; ésta será reemplazada por alguna realidad más dulce, y sus virtudes, así como sus talentos, no dejarán por ello de ser bienes adquiridos a un precio inestimable.

—Nunca—le respondí,—nunca pondré mi afecto en otra parte que en el objeto de mi ensueño.

Y para hacerle ver cómo estaban absorbidos por completo mis pensamientos, le enseñé todos los versos y toda la prosa que había escrito bajo el imperio de aquella pasión exclusiva. Los leyó y releyó con el entusiasmo ingenuo de la amistad. De querer tomar sus palabras al pie de la letra, me hubiera creído un gran poeta. Pronto supo de memoria los mejores fragmentos de mi colección, y me los recitó con fuego durante nuestros paseos hacia el viejo castillo de Angers, y por las encantadoras afueras de la ciudad. Resistí al deseo que me manifestó, de hacerlos imprimir. Podía yo escribir versos para mi satisfacción y para calmar mi alma agitada; pero no debía buscar la fama del poeta. En aquella época, y en el medio en que vivía, hubiera sido esto un gran descrédito para mi profesión.

Llegó, por fin, el día en que le fué permitido presentarse en la residencia de Ionis, de la que Carolina no había salido durante aquellos tres primeros

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

meses de su viudez. Recibió una carta suya, cuya posdata me leyó. Estaba invitado a acompañarle, en los términos más formales y más afectuosos.

VI

Conclusión

Llegamos en un día de Diciembre. La tierra estaba cubierta de nieve y el sol se ponía entre nubarrones violados de matiz espléndido, pero de aspecto melancólico. No quise estorbar las primeras efusiones del corazón de ambos amantes, e invité a Bernardo a tomar la delantera en las cercanías de la residencia. Por otra parte, tenía necesidad de encontrarme solo con mis pensamientos en los primeros instantes. No sin viva emoción volvía a ver aquellos lugares en los que durante tres días había vivido siglos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

meses de su viudez. Recibió una carta suya, cuya posdata me leyó. Estaba invitado a acompañarle, en los términos más formales y más afectuosos.

VI

Conclusión

Llegamos en un día de Diciembre. La tierra estaba cubierta de nieve y el sol se ponía entre nubarrones violados de matiz espléndido, pero de aspecto melancólico. No quise estorbar las primeras efusiones del corazón de ambos amantes, e invité a Bernardo a tomar la delantera en las cercanías de la residencia. Por otra parte, tenía necesidad de encontrarme solo con mis pensamientos en los primeros instantes. No sin viva emoción volvía a ver aquellos lugares en los que durante tres días había vivido siglos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Eché la brida de mi caballo a Bautista, que tomó el camino de las cuadras, y entré solo, por una de las puertecillas del parque.

Despojado de flores y de verduras, aquel hermoso lugar tenía más carácter. Los abetos sombríos sacudían la escarcha sobre mi cabeza, y el ramaje de los viejos tilos cargados de rocío dibujaba sobre los paseos una bóveda formada por arcos de cristal. Hubiérase dicho que eran las naves de una catedral gigantesca, que ofrecía todos los caprichos de una arquitectura desconocida y fantástica.

Volví a encontrar la primavera en la rotonda de la biblioteca. Estaba ahora aislada de las galerías contiguas, por un sistema de vidrieras que llenaban las arcadas, con el objeto de convertirla en una especie de templado invernadero. El agua de la fuente seguía, pues, murmurando entre flores exóticas, más bellas aún que las que yo

había visto, y aquella agua corriente, cuando fuera de allí todas las aguas dormían encerradas bajo el hielo, se veía y oía con agrado.

Me costó algún trabajo decidirme a mirar a la nereida. La encontré menos hermosa que el recuerdo guardado por mí, de aquella cuya forma y rasgos me recordaba. Luego, poco a poco me puse a admirarla y a amarla, como se ama a un retrato que para nosotros reproduce, por lo menos, el conjunto y algunos rasgos de una persona querida. Hacía tanto tiempo que estaba mi sensibilidad contenida y sobreexcitada, que me deshice en lágrimas, y quedé sentado y como agobiado, en el lugar en que había visto a la que no esperaba ya volver a ver.

Un ruido de seda rozada me hizo volver la cabeza, y vi ante mí a una mujer bastante alta, muy delgada, pero de gracioso continente, que me miraba con solicitud. Por un instante, pensé en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

asimilarla a mi visión; pero la obscuridad, que aumentaba rápidamente, no me permitía distinguir bien su rostro, y, por otra parte, una mujer en tontillo y faralá se parece tan poco a una ninfa del renacimiento, que me prohibí toda ilusión y me puse en pie para saludarla como a una simple mortal.

Me saludó también, vaciló un momento en dirigirme la palabra, luego se decidió, y yo me estremecí: el timbre de su voz hacía vibrar todo mi ser. Era la voz argentina, la voz sin otra análoga en la tierra, de mi divinidad. Quedé, pues, mudo e incapaz de responderle. Como ante mi inmortal, estaba embriagado y no acertaba a comprender lo que me decía.

Pareció muy turbada por mi silencio, y hube de hacer un esfuerzo para salir de aquel ridículo éxtasis. Me preguntó si no era yo el señor Justo Nivieres.

—Sí, señora—le contesté por fin;—le ruego que me dispense mi preocupa-

ción. Me encontraba algo indispuesto, me había amodorrado.

—No—repuso ella con adorable dulzura: —¡estaba usted llorando! Esto es lo que me ha llamado la atención desde la galería, en donde aguardaba la señal de llegada de mi hermano.

—Su hermano...

—Sí, el amigo de usted, Bernardo de Aillane.

—¿Es usted entonces la señorita de Aillane?

—Felicia de Aillane, y, me atrevo a decir, su amiga también, aunque usted no me conozca y yo le vea por primera vez. Pero la estimación en que le tiene mi hermano y todo lo que nos ha escrito referente a usted, han despertado en mí una verdadera simpatía. He sentido, pues, pena e inquietud cuando le he oído sollozar. ¡Dios mío! espero que no ha sido usted herido en sus afectos de familia; si sus dignos padres, de quienes he oído también tan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tos elogios, sufriesen un pesar, no estaría usted aquí, ¿verdad?

—A Dios gracias—respondí,—estoy tranquilo en cuanto se refiere a las personas que amo, y la pena personal que sentía ahora, está disipándose con el sonido de su voz y las dulces palabras que me dirige. Pero ¿cómo es posible que, teniendo una hermana como usted, Bernardo no me haya hablado nunca de su persona?

—Bernardo vive absorto en un afecto que no me da celos y que comprendo muy bien, pues la señora de Ionis es una hermana tierna para mí; pero ¿no ha venido usted con él? ¿cómo le encuentro aquí, solo, sin que nadie se haya dado cuenta de su llegada?

—Bernardo ha tomado la delantera...

—¡Ah! comprendo. Pues bien, dejémosles juntos un poco más; ¡tienen tantas cosas que decirse, y es su afecto tan noble, tan fraternal y tan antiguo ya! Pero acérquese a la chimenea de

la biblioteca, pues aquí hace un poco de fresco.

Comprendí que no le parecía correcto permanecer en la obscuridad conmigo, y la seguí a mi pesar. Temía ver su rostro, pues su voz me sumía en una intensa ilusión; como si mi inmortal se hubiese prestado a hablarme, en el lenguaje vulgar, de las pequeñeces del mundo de los vivos.

Había en la biblioteca fuego y luz, y pude entonces ver sus rasgos, que eran admirablemente hermosos, y me recordaban confusamente los que yo creía bien fijados en mi memoria. Pero a medida que la examinaba con tanta atención como me permitía dejarlo notar el respeto, reconocí que las tres imágenes, la nereida, el fantasma y la señorita de Aillane se confundían en mi cabeza, sin que me fuese posible aislarlas para dar a cada una la parte de admiración que le correspondía. Eran el mismo tipo, de esto estaba bien seguro;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pero no podía ya comprobar las diferencias, y me apercibía, con espanto, de la incertidumbre de mi memoria en cuanto a la sublime aparición. Había pensado demasiado en ella, había creído demasiado que volvería a verla, y sólo me la representaba ya a través de una nube.

Y además, al cabo de algunos instantes, olvidaba aquella ansiedad para no ver más que a la señorita de Aillane, hermosa como la más pura y la más elegante de las ninfas de Diana, y tan ingenuamente afectuosa conmigo como un niño que se confía a un rostro simpático. Había en ella una castidad, por así decirlo, radiante, un adorable abandono del corazón sin ningún pensamiento de coquetería; nada de las maneras siempre algo reservadas, de una joven de la nobleza al hablar a un burgués. Parecía que fuese yo un pariente, un amigo de la infancia, con quien ella reanudaba el trato después de algunos

años de separación. Su mirada límpida no tenía el fuego concentrado de la de la señora de Ionis. Era una luz serena como la de las estrellas. Impresionable y nervioso como había llegado a serlo a consecuencia de tantas noches de insomnio y exaltación, sentíame como rejuvenecido, reposado, refrescado deliciosamente bajo aquella benigna influencia.

Ella me hablaba sin arte y sin pretensión, pero con distinción natural y rectitud de juicio que revelaban una educación moral muy por encima de la que por entonces se consideraba suficiente para las mujeres de su rango. No tenía ninguno de sus prejuicios, y aceptaba las conquistas del espíritu filosófico que nos arrastraba a todos, sin darnos cuenta de ello, hacia una nueva era, con una buena fe angélica, y aun con cierta pasión de niña generosa.

Pero, sobre todo, tenía el encanto irresistible de la dulzura, que desde el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

primer momento se apoderó de mí, sin que tratase de preservarme del mismo, sin que me acordase de que en el secreto de mi alma había pronunciado una especie de voto monástico que me consagraba al culto del intangible ideal.

Hablóme con abandono de las penas y de las alegrías de su familia, del papel que yo había desempeñado en las peripecias de aquellos últimos tiempos y del reconocimiento que creía deberme por la manera con que había hablado a Bernardo del honor de su padre.

—¿Sabe usted, entonces, todo esto? —le dije con enternecimiento.—¡Debe usted apreciar cuánto me costaba tener que combatirles!

—Todo lo sé—me dijo,—hasta el duelo que ha estado a punto de tener con mi hermano. ¡Ay! toda la culpa era suya; pero es de los que se levantan mejores después de una falta, y de entonces data su estimación para con usted. Mi padre, a quien los negocios

han retenido en París estos últimos tiempos, pero que volverá pronto, tiene grandes deseos de decirle que de aquí en adelante le considera como a uno de sus hijos. Usted le cobrará afecto, estoy segura; es un hombre de un espíritu superior y de un carácter a la altura de su espíritu.

Mientras hablaba así, el ruido de un coche y los ladridos de los perros, fuera de la casa, le hicieron saltar sobre su silla.

—¡Es él!—exclamó,—apuesto a que es él quien llega! Venga usted conmigo a su encuentro.

La seguí lleno de embriaguez. Había puesto la antorcha en mis manos y corría delante de mí tan esbelta y tan ligera, que no hubiera podido concebirse por escultor alguno, un ideal más puro de ninfa y de diosa. Yo me había habituado ya a ver a este ideal vestido a la moda de mi tiempo. Su indumentaria era, por otra parte, de un gusto y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sencillez exquisitos, y quise ver también en el color tornasolado de su traje de seda, que era un blanco mate con reflejos de verde tierno, una relación simbólica.

—El señor Nivieres—dijo, mostrándome a su padre tan pronto como le hubo besado con efusión.

—¡Ah! ¡ah!—respondió éste, en un tono que me pareció singular y me hubiera turbado si al mismo tiempo no me hubiese tendido las dos manos con cordialidad no menos sorprendente:—no le extrañe la satisfacción que tengo en verle; es usted amigo de mi hijo, y, por consiguiente, mío, y sé por él todo lo que usted vale.

Acudieron la señora de Ionis y Bernardo; encontré a Carolina embellecida por la felicidad. Algunos momentos después estábamos todos reunidos alrededor de la mesa, con el padre Lamyre, que había llegado por la mañana, y la buena Ceferina, que había cerrado

los ojos a la viuda de Ionis algunas semanas antes, y que vestía de luto como todas las personas de la casa. Los de Aillane, siendo parientes de los de Ionis sólo por alianza, estaban dispensados de una formalidad que, en ellos, sólo hubiera podido parecer un acto de hipocresía.

La cena no fué ruidosa. Era preciso abstenerse, delante de los criados, de toda alegría y expansión, y la señora de Ionis sentía tan bien las conveniencias de su estado, que se contenía sin esfuerzo y mantenía a sus huéspedes en el mismo diapasón. El más refractario a la gravedad era el padre Lamyre. No podía desprenderse de la costumbre de canturrear dos o tres coplas, a través de la conversación, a modo de resumen filosófico.

A pesar de esta especie de sujeción, la alegría y el amor estaban en la atmósfera de aquella casa, en la que nadie podía razonablemente dolerse de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la pérdida del señor de Ionis, y en la que la estrecha mentalidad e insignificancia de sentimientos de la viuda habían dejado un vacío muy pequeño. Respirábase allí un perfume de esperanza y de delicada ternura que me penetraba y que, con sorpresa mía, no me daba tristeza, a mí, que me había consagrado a la soledad eterna.

Es cierto que desde mi amistad con Bernardo, marchaba rápidamente hacia la curación. Su carácter lleno de iniciativa me había arrancado de buen o mal grado a mis hábitos de tristeza. Al arrancarme también mi secreto, me había substraído a la funesta tendencia que me inclinaba hacia el desprendimiento de todas las cosas.

—Un secreto sin confidente, es una enfermedad mortal—me había dicho.

Y me había oído divagar sin notar, al parecer, mi locura: tan pronto había parecido compartirla, como me había presentado hábilmente dudas, que

fueron penetrándome. Llegué a creer, las más de las veces, que, salvo el hecho inexplicable del anillo, mi imaginación lo había creado todo, en mis aventuras fantásticas.

Encontré en el señor de Aillane toda la superioridad de corazón y de inteligencia que sus hijos me habían anunciado. Me demostraba una simpatía a la que yo correspondía con toda mi alma.

Nos separamos lo más tarde posible. En cuanto a mí, cuando a media noche, la señora de Ionis dió la señal del descanso general, experimenté un sentimiento de dolor, como si desde un ensueño delicioso cayese en la insípida realidad. Había invertido, en mí, durante tanto tiempo, la noción de la vida, tomando ésta por el sueño, y el sueño por la realidad, que al volver a encontrarme solo, aquel disgusto era, a mis propios ojos, una especie de prodigio súbito, que trastornaba todo mi ser.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Ciertamente, no hubiera querido admitir aún la idea de que podía amar; pero es verdad que, sin creerme enamorado de la señorita de Aillane, sentía por ella una amistad extraordinaria. No había cesado de mirarla a hurtadillas en los momentos en que no me dirigía la palabra, y cuanto más me iniciaba en su belleza, de líneas algo extrañas, más me convencía de que volvía a encontrar el efecto producido en mí por el fantasma adorado; sólo que ahora era una fascinación más dulce que me llenaba moralmente de inaudito bienestar. Aquella fisonomía límpida inspiraba una confianza absoluta y algo que era ardientemente tranquilo, como la fe.

Bernardo, que no tenía más deseos de dormir que yo mismo, charló conmigo hasta las dos de la madrugada. Estábamos alojados en la misma habitación, no ya el cuarto de las damas ni tampoco el que yo había ocupado

al estar enfermo, sino una hermosa estancia decorada según el gusto de Boucher, con las más rosadas y sonrientes imágenes. No se había tratado ya de las damas verdes, como si nunca se hubiese oído hablar de ellas.

Sin dejar de hablarme de su adorada Carolina, Bernardo me preguntó qué opinión había formado de su hermana Felicia. No supe de momento cómo contestarle. Temía decir demasiado, o muy poco. Salí del paso preguntándole, a mi vez, por qué me había hablado tan poco de ella.

—¿Es posible—le dije—que la quiera usted menos de lo que ella le quiere?

—Sería—contestó—un animal raro si no adorase a mi hermana. Pero se encontraba usted tan absorto en ciertas ideas, que ni siquiera me hubiera escuchado si le hubiese hecho su elogio. Y además, dada la situación en que estábamos, en que por desgracia estamos aún, mi hermana y yo, no era muy con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

veniente que pareciese proponérsela a usted.

—¿Y cómo hubiera podido parecer que usted me dispensaba un honor semejante?

—¡Ah! es que hay una circunstancia singular, de la que he estado muchas veces a punto de hablarle, y que, ciertamente, usted ha notado ya: la semejanza sorprendente de Felicia con la nereida de Juan Goujón, de la que estaba usted prendado hasta el punto de prestar sus rasgos a su fantasma.

—¡Es decir que no me equivocaba! —exclamé—¿la señorita de Aillane se parece, mejorándola, a esta estatua?

—¡Mejorándola!..... ¡gracias por ella! Pero bien ve usted que esta semejanza le impresiona; he aquí por qué me he abstenido de señalársela por anticipado.

—Comprendo que haya usted temido sugerirme pretensiones... ¡que no puedo tener!

—He temido que se enamorase de una joven que no puede pretender a usted; he aquí, mi querido amigo, todo lo que he temido. Mientras no sea conocida la situación de fortuna de la señora de Ionis, debemos considerarnos como si estuviésemos en la miseria. El padre de usted y el mío temen que el marido se lo haya comido todo, y que el nombramiento de legataria universal sea sólo una broma pesada. En este caso, jamás aceptaremos la fortuna que nos quiere ceder, y a la que, por lo demás, nuestros derechos son discutibles, como usted sabe. No por eso dejaré de casarme con ella, puesto que nos amamos; pero será sin consentir en que me reconozca por contrato el menor haber. Entonces, mi hermana, sin ningún género de dote—pues mi mujer no sería bastante rica para dárselo, ni Felicia sufriría nunca que se privase de algo por ella,—está decidida a hacerse religiosa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Religiosa ella? ¡Nunca! Bernardo, ¡usted no debe consentir jamás en semejante sacrificio!

—¿Y por qué, mi querido amigo?—dijo con un sentimiento de tristeza y de orgullo que comprendí.—Mi hermana se ha educado en esta idea y hasta ha mostrado siempre afición al retiro.

—¡No piense usted en ello! Es imposible que una persona tan cumplida no se digne consentir en hacer la felicidad de un hombre honrado; ¡es más imposible aún que no se encuentre un hombre honrado para implorar de ella esta felicidad!

—¡No digo que no haya de ser quizás así! Es cuestión que el porvenir resolverá, tanto más, en cuanto que si la señora de Ionis queda poseedora de alguna riqueza, no tendré escrúpulos en dejarla dotar a mi hermana en un límite reducido, pero suficiente a la modestia de sus gustos. Sólo que no sabemos aún nada, y en todo caso, no

me hubiera estado bien decirle a usted: «Tengo una hermana encantadora que realiza su ideal...» Esto hubiera sido decirle: «¡Piense en ello!...», esto hubiera sido echarle encima una joven demasiado altiva para consentir en entrar nunca en una familia más rica que ella, por la puerta de la exaltación de un joven poeta. Ahora bien: el razonamiento que he hecho, sigo haciéndolo, y muy seriamente le ruego, mi querido amigo, que no repare mucho en la semejanza de mi hermana con la nereida.

Guardé silencio por un momento; luego, sintiendo, a pesar mío, que esta recomendación me turbaba más de lo que yo mismo hubiera esperado, le dije con brusca sinceridad:

—Entonces, mi querido Bernardo, ¿por qué me ha traído usted aquí?

—Porque creía que mi hermana se había marchado. Debía reunirse en Tours con mi padre, que tampoco pensaba venir aquí en toda esta quincena.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los hechos son contrarios a mis previsiones; pero esto no me hace estar menos tranquilo por mi hermana, tratándose de un hombre como usted.

—¿Está usted igualmente tranquilo por mí, Bernardo?—le dije en tono de reproche.

—Sí—contestó un poco emocionado. —Estoy tranquilo porque usted tendrá la fuerza moral necesaria para decirse esto: Una joven de corazón y de mérito tiene el derecho de pretender a ser buscada por un hombre cuyo corazón esté libre, y no la lisonjearía mucho descubrir algún día que sólo ha debido su suerte al azar de una semejanza de facciones.

Tan bien comprendí esta respuesta, que no añadí ya nada y resolví no mirar mucho a la señorita de Aillane, por temor de engañarme a mí mismo. Llegué hasta a tomar la resolución de marcharme, a poco que llegase a conmoverme más de lo justo por este fatal

parecido, y esto fué lo que me sucedió a partir del día siguiente. Sentí que me prendaba locamente de la señorita de Aillane, que el ensueño de la nereida se borraba ante ella, y que Bernardo lo notaba con inquietud.

Me despedí fingiendo que mi padre no me había dado más de veinticuatro horas de libertad. Estaba decidido a abrir mi corazón a mis padres y a pedirles su consentimiento para ofrecer mi alma y mi vida a la señorita de Aillane. Así lo hice con la mayor sinceridad. El relato de mis sufrimientos pasados hizo reir a mi padre y llorar a mi madre. No obstante, cuando hube pintado bastante bien el estado de desesperación en que había caído por momentos, y que me había hecho mirar con una especie de voluptuosidad la idea del suicidio, mi padre volvió a ponerse serio y exclamó, mirando a mi madre:

—¡Así pues, he aquí un muchacho

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que ha sido maniático ante nuestros ojos, sin que lo hayamos sospechado! ¡Y tú creías, mi buena amiga, que nos ocultaba su fuego por la hermosa de Ionis, que tan viva está, cuando en realidad se consumía por la hermosa de Ionis que está muerta hasta el punto de no haber existido jamás! La verdad, pasan cosas bien raras en la cabeza de los poetas, y no me faltaba razón en los comienzos, para desconfiar de esa diablesa de poesía. Vamos, ¡gracias sean dadas a la hermosa de Aillane, que se parece a la nereida y que nos ha curado a nuestro insensato! Hay que casarse con ella a toda costa, y pedirla pronto, antes de que se sepa si tendrá un dote; pues si debe llegar a tenerlo, se creerá demasiado elevada para casarse con un abogado. ¿Por qué demonios no me ha confiado la señora de Ionis el cuidado de su liquidación? Así sabríamos a qué atenernos, mientras que ese viejo procurador de París no

acabará en seis meses. ¿Se trabaja, acaso, en París? ¡Se hace política y se descuidan los negocios!

Al día siguiente, mi padre y yo volvimos a Ionis. Se sometió nuestra demanda al señor de Aillane, que empezó por abrazarme; después de lo cual tendió la mano a mi padre y le dijo con rectitud perfectamente caballeresca:

—*¡Sí, y gracias!*

Echéme de nuevo en sus brazos y añadió:

—Esperad, sin embargo, a que consienta en ello mi hija, pues quiero que sea dichosa. En cuanto a mí, se la doy sin saber aún si será bastante rica para usted; porque si lo es, estoy decidido a encontrarle bastante noble para ella. Se juega usted el todo por el todo. Pues bien, ¡vive Dios! voy a hacer otro tanto para no quedar por debajo del ejemplo que me dan. Ustedes no tienen ambición de dinero, yo no tengo ya prejuicios de nobleza. Henos, pues,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de acuerdo. Tengo su palabra y ustedes la mía. Pero tengo empeño en que mi hija decida por sí misma: y va usted, querido señor Nivieres, a dejar a su hijo que le haga la corte, pues su amor es bien nuevo, y a él corresponde inspirar la confianza en este punto. En cuanto a su carácter y a su talento, los conocemos ya, y por este lado no habrá objeción.

Permitióseme, pues, ser asiduo a la residencia de Ionis, y en relación al pasado, ésta fué la época más hermosa de mi existencia.

Amaba, en las condiciones normales de la vida, a un ser colocado por encima de la región ordinaria de la vida; un ángel de bondad, de dulzura, de inteligencia y belleza ideales.

Me hizo aguardar, la esperanza. Expresábase libremente sobre su estimación y simpatía hacia mí; pero cuando yo hablaba de amor, ella mostraba algunas dudas.

—¿No se equivoca usted—decía,—y no ha amado usted antes que a mí, y más que a mí, a cierta desconocida que mi hermano no ha querido nombrarme nunca?

Un día me dijo:

—¿No lleva en el dedo un anillo que es para usted un talismán? ¿y si le pidiese que lo echase a la fuente, me obedecería usted?

—¡No, ciertamente! —exclamé, —nunca me separaré de él, porque usted fué quien me lo dió.

—¡Yo! ¿qué está usted diciendo?

—¡Sí, fué usted! no siga ocultándomelo. Fué usted quien representó el papel de dama verde para complacer a la señora de Ionis, que quería hacerle decretar su ruina y encontrar en mí la persona digna de fe cuyo testimonio exigía su marido. Fué usted quien, cediendo a su capricho hasta el punto de aparecérseme bajo un aspecto fantástico, me trazó mi deber conforme a la delicadeza y a la altivez de su alma.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Pues bien, sí, fuí yo!—dijo;—fuí yo quien estuvo a punto de volverle loco y quien se ha arrepentido cruelmente de ello, cuando he sabido, demasiado tarde, cómo había usted sufrido a consecuencia de esta aventura romántica. Se le había sometido a una prueba previa por medio de una escena de fantasmagoría en la que yo no tuve la menor parte. Cuando le vieron tan valiente, más valiente que el padre Lamyre, a quien Carolina había obsequiado, para divertirse, con una broma semejante, se creyó que podía regalársele con una aparición que no tenía nada de imponente. Yo me encontraba aquí, en secreto, pues la viuda de Ionis no me hubiera soportado de buen grado. Carolina, admirada de mi semejanza con la ninfa de la fuente, imaginó peinarme y vestirme como ésta, para hacerme pronunciar mi oráculo, que no fué conforme a sus deseos, pero al que ha obedecido usted religiosamente, sin

olvidar por un solo instante la defensa de nuestro honor. Partí al día siguiente por la mañana, y me dejaron ignorar que había estado usted gravemente enfermo a consecuencia de aquella aparición. Cuando tuvo usted su querella con Bernardo, yo estaba en Angers; y yo fuí quien le devolvió el mismo anillo que le había ya hecho encontrar en su habitación. Esta circunstancia había sido inventada por la señora de Ionis, que poseía dos anillos semejantes, muy antiguos, y que lo había dispuesto todo para la realización de nuestra novela. Ella fué quien se lo quitó durante su fiebre, por el temor de que esta apariencia de realidad le exaltase a usted demasiado, y prefirió dejarle creer que lo había soñado todo.

—¡Y yo no lo he creído! ¡nunca! Pero, ¿cómo había vuelto usted a tomar posesión de este anillo, no siendo suyo?

—Me lo dió Carolina—dijo sonro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jándose,—¡porque lo había encontrado bonito!

Y luego, se apresuró a añadir:

—Cuando Bernardo le hubo confesado, supe por fin por qué penas y qué virtudes había merecido usted volver a ver a la dama verde. Entonces me resolví a ser su amiga y su hermana, para reparar por el afecto de toda mi vida la imprudencia a que me había dejado arrastrar, e indemnizarle de este modo de las penas que le había causado. No confiaba mucho en serle tan agradable a la luz del día como en un rayo de luna. Pues bien, puesto que es así, sepa que no ha sido usted el único desgraciado y que...

—¡Concluya!—exclamé, cayendo a sus pies.

—Bien, bien... —dijo sonrojándose más aún, y bajando la voz,—aunque nos encontrásemos solos junto a la fuente, sepa que había quedado castigada por mi temeridad. Era yo, en

aquel día, una niña muy tranquila y muy alegre. Supe desempeñar muy bien mi papel, y mis *dos hermanas*, Bernardo y el padre Lamyre, que nos escuchaban detrás de aquellos peñascos, juzgaron que había puesto en él una gravedad de la que no me creían capaz. La verdad es que al verle y al escucharle, quedé yo misma poseída de no sé qué vértigo. Empecé por figurarme que era realmente una muerta. Destinada al claustro, le hablaba como separada ya del mundo de los vivos. La convicción de mi papel se apoderó de mí. Sentí que me interesaba por usted. Me invocaba usted con una pasión... que me turbó hasta el fondo de mi alma. Si usted veía mi rostro, también yo veía el suyo... y cuando volví a mi convento, me asustaron los votos que debía pronunciar, sentí que, jugando a apoderarme de su libertad, había entregado y perdido la mía.

Al hablarme así, se había animado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El tímido pudor de la primera confesión había hecho lugar a la confianza entusiasta. Rodeó mi cabeza con sus hermosos brazos largos y ligeros, y me besó en la frente diciéndome:

—¡Bien te lo había prometido, que volverías a verme! Estaba desolada al darte aquella promesa que yo creía engañadora, y, sin embargo, algo divino, una voz de la Providencia me decía al oído: «¡Espera, puesto que amas!»

Nuestro enlace se efectuó al mes siguiente. La liquidación de los bienes de la señora de Ionis, convertida en señora de Aillane, no estaba terminada cuando estalló la Revolución, que puso fin a todo debate por parte de los acreedores de su marido, hasta nueva orden. Después del Terror, se encontró en una situación desahogada, pero no opulenta: tuve, pues, la alegría y el orgullo de ser el único apoyo de mi mujer. La hermosa residencia de Ionis estaba vendida, las tierras divididas. Algunos

campesinos, extraviados por un patriotismo poco ilustrado, habían roto la fuente, creyendo que era el baño de una reina.

Un día, me trajeron la cabeza y un brazo de la nereida, que compré a quien la había mutilado, y conservo como cosa preciosa. Lo que nadie había podido romper, era la felicidad de mi hogar; lo que había atravesado, lo que siempre atravesó, inalterable y puro, las tempestades políticas, fué mi amor por la más hermosa y la mejor de todas las mujeres.

FIN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

ÍNDICE

	Págs.
I.—Los tres panes.	5
II.—La aparición..	35
III.—El pleito.	65
IV.—La inmortal.	97
V.—El duelo.	155
VI.—Conclusión.	185

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS POÉTICAS COMPLETAS

DE

CAMPOAMOR

publicadas por cuadernos semanales de tamaño $22^1/_2 \times 15$ centímetros, conteniendo cada uno

32 páginas de lectura

y

una magnífica lámina original

esmeradamente impresas con caracteres claros y elegantes en papel superior, al inverosímil precio de

15 céntimos el cuaderno

Dicha obra consta de 40 cuadernos, formando dos tomos que contienen 1,262 páginas de texto y 40 preciosas láminas, siendo su importe por cuadernos o montada en rústica

6'— pesetas al contado
o **6'50 » a plazos**

Los dos tomos completos y lujosamente encuadernados

10 pesetas al contado
u **11 » a plazos**

El precio de las tapas sueltas para la encuadernación de ambos tomos es **2 pesetas.**

Cada cuaderno suelto.	pesa	50	gramos
El ejemplar completo, en rústica. .	»	1,600	»
» » » en pasta. . .	»	1,800	»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA IRIS

a 3 pesetas el tomo en rústica
y a 4 pesetas encuadernado en tela

Narciso DÍAZ DE ESCOVAR
SILUETAS ESCÉNICAS DEL PASADO
UN TOMO

Gustavo FLAUBERT
LA SEÑORA BOVARY
UN TOMO

MAHOMA
EL CORÁN
UN TOMO

Luis REYBAUD
JERÓNIMO PATUROT
DOS TOMOS

Enrique SIENKIEWICZ
QUO VADIS
UN TOMO

David WHITELAW
EL HOMBRE DE LA BARBA ROJA
UN TOMO

LA PRINCESA GALVA
UN TOMO

Max PEMBERTON
EL CAPITÁN BLACK
UN TOMO

Aurelio MARTÍN ALONSO
DIEZ Y SEIS AÑOS DE REGENCIA
UN TOMO

PRÁCTICAS
DE
CÁLCULO COMERCIAL

AL ALCANCE DE TODOS

ESTUDIOS TEÓRICO-PRÁCTICOS DE CÁLCULOS NUMÉRICO-MERCANTILES

con derivación de las fórmulas o reglas generales más simplificadas para resolver éstos con facilidad y prontitud en los escritorios almacenes y despachos de comercio

POR

EMILIO OLIVER CASTAÑER

Autor de importantes y reputadas obras mercantiles entre ellas LA PARTIDA DOBLE, PRÁCTICAS DE CONTABILIDAD COMERCIAL, MEMORÁNDUM DEL CONTADOR MERCANTIL, etc., etc.

Consta de 26 cuadernos de a 24 páginas, de tamaño 28×22 centímetros, papel de clase igual al de la obra del mismo autor, *La Partida Doble*, y forma un tomo de 624 páginas.

Se sirve por cuadernos al precio de

UNA peseta el cuaderno

La obra completa, encuadernada en tela, lomo piel, lujosa y sólida encuadernación,

31'— pesetas al contado
o **33'50 » a plazos**

El precio de las tapas sueltas para la encuadernación de esta obra es **Ptas. 3'50** el juego.

Cada cuaderno suelto. . . . . pesa 110 gramos
El ejemplar completo y encuadernado » 2,600 »

EL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

— POR —

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Dos tomos: de 808 páginas el 1.° y 912 el 2.°, tamaño 22×15 centímetros, ilustrados con 370 grabados hechos por el gran **Gustavo Doré** y lujosamente encuadernados

18'— pesetas al contado
o **19'50** » **a plazos**

Esta interesante obra se expende también por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas **y una lámina suelta de regalo,** al precio de

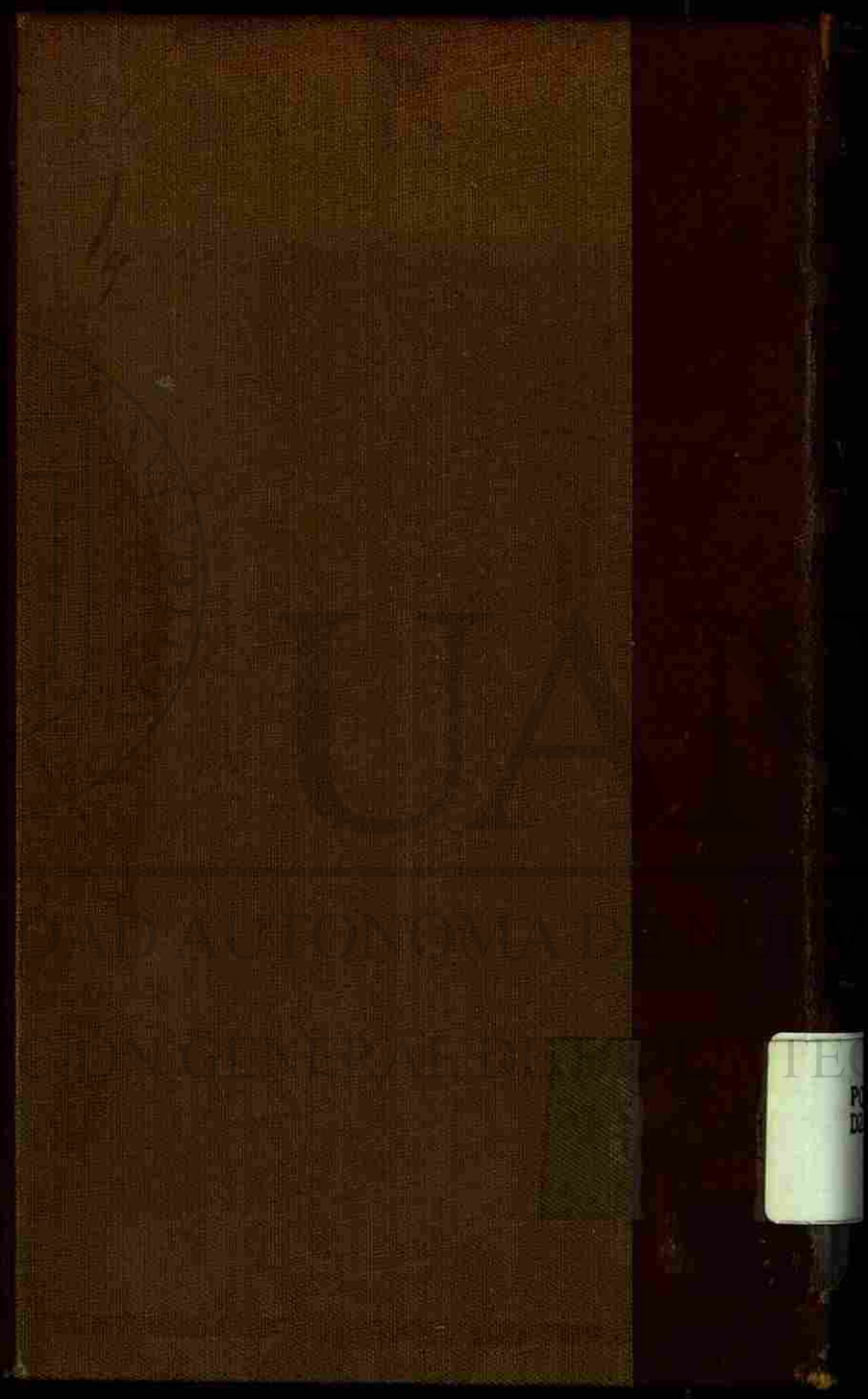
25 céntimos el cuaderno

Toda la obra consta de 53 cuadernos.

Muestra de la letra empleada

buen caballero le hubiese faltado algún
sabio que tomara á cargo el escribir sus
nunca vistas hazañas, cosa que no faltó
á ninguno de los caballeros andantes, de

Las tapas sueltas para la encuadernación de ambos tomos, valen **2'50 pesetas.**

Cada cuaderno. . . . . pesa 60 gramos.
El ejemplar completo y encuadernado » 2,650 »

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS